

BIBLIOTECA DE "EL FIGARO"

---

PAGINAS DE HISTORIA

---

RECUERDOS É IMPRESIONES

POR

MANUEL ARGÜELLO MORA,

*Profesor de Derecho, Magistrado  
de la Corte de Casación, ex  
Ministro de Gracia, Justi-  
cia y Fomento de la Re-  
pública de Costa Rica.  
etc., etc.*

---

COSTA RICA

IMPRESA DE "EL FIGARO"

1898



## PAGINAS DE HISTORIA



RECUERDOS É IMPRESIONES




Margarita Percepción Loria

## ADVERTENCIA

---

La serie de artículos que forma este volumen no tiene con la que le ha de suceder otro vínculo que el título que lleva la presente, la cual constituye por sí sola una obra completa, sin más enlace con aquélla que la comunidad del tema.





DEDICATORIA

---

*A la imperecedera memoria  
de los distinguidos hombres  
públicos don Juan Rafael  
Mora y don Tomás Guardia  
dedica estas páginas*

*El Autor.*

## INTRODUCCION

El señor don Manuel Argüello Mora es bien conocido del pueblo costarricense, para que haya menester que le den con el incensario en las narices. Unido como estoy á él por vínculos de tarea y de amistad, hállome cual ninguno en el caso de apreciar lo que vale y lo que pesa en las letras nacionales; los méritos que tiene contraídos por su labor asídua y tenaz, q' semeja labor de benedictino por lo minuciosa.

Creo que no existe en Costa Rica escritor más fecundo que el señor Argüello Mora. En producción literaria me parece que no hay quien le aventaje. Tiene una actividad de vértigo, que me recuerda esos monstruos de producción como Balzac, Jorge Sand y Saint-Beuve. Y es más asombroso el caso, si se paran mientes en que *Don Manuel* desciende desde hace tiempo la montaña rápida de la vida.

Los que han podido seguirle en la prensa periódica, paso á paso, día por día, tratando con original y serio juicio, ora puntos de historia nacional, ó bien artículos de costumbres, resúmenes políticos, narraciones de viajes, cuestiones administrativas, saben perfectamente que una de las primeras cualidades del escritor de que hago mérito es la sinceridad.

El libro que ha entregado á la prensa, y que se edita actualmente en los talleres de *El Figaro*, con el título de *Páginas de Historia* y el subtítulo de *Recuerdos é Impresiones*, es

gallarda muestra de la competencia del autor para dar á conocer á Costa Rica histórica, en todos los grandes hechos que la realzan á los ojos del mundo culto. Si para algo se necesitan la experiencia y la autoridad moral, es para referir á nuestros contemporáneos las cosas del pasado con su colorido propio y especial, y para entonar discretamente en el lienzo de la palabra los personajes con sus debilidades y sus grandezas, la poesía del heroísmo, las minucias privadas y las contrarriñas chismosas: que no por mezclar á la vida de un hombre sus pequñeces, pierde el brillo de su persona, del mismo modo que el negro líquido de las cloacas no empaña el esplendor del vasto y límpido mar.

Los que lean *Páginas de Historia* podrán, sin esfuerzo ni fatiga, *vivir* (esta es la palabra) muchos de los sucesos característicos de esta porción del territorio de Centro América, expuestos por una personalidad seriamente moral, que ama de veras su patria, que la levanta y que anhela para el porvenir una sociedad virilmente dotada.

El señor Argüello Mora puede hacer suya aquella frase de un soñador dulcemente triste: *Tengo más recuerdos que si hubiera vivido mil años.* Ha viajado mucho. Se sabe á París de memoria, y el plano de la gran capital, que era la desesperación y el asombro de Víctor Hugo, lo tiene *entre ceja y ceja.* No hay verdad sin gracia, y por esto el señor Argüello Mora, ajustándose á tan esencial precepto del

---

arte literario, coloca lo insignificante al lado de lo interesante y significativo. Su estilo sencillo, de asombrosa claridad, economiza al lector esfuerzos de atención.

Lejos de perder con los años el vigor mental, se encuentra todavía en aptitud de acometer con diligencia trabajos de superior empeño, que harían decaer á los ánimos mejor templados. Lo cual es la confirmación de un ejemplo histórico. ¿Quién no recuerda esas individualidades brillantes, como el símbolo glorioso del poder del alma inmortal sobre el cuerpo enfermizo y perecedero! A la edad de ochenta años Platón enseñaba aún su consoladora filosofía; Sófocles compuso el *Edipo en Colonna* cuando era más que un octogenario; Dioclesiano, cansado de reinar y ya en la edad madura, tuvo inspiración para pronunciar magníficas arengas y abandonar el trono para irse á sembrar coles; á los noventa y cuatro años brillaba Isócrates como profundo orador.

Así, pues, ninguna extrañeza tiene para mí ver páginas tan amenas y curiosas como las *Páginas de Historia* del señor Argüello Mora, á la edad en que otros se declaran venecidos y, como los personajes de los *Malavoglia*, del novelista italiano, se abandonan á los impulsos ciegos del azar, ó á los desfallecimientos de una imaginación sin calor ni fuerza.

Bien haya el ilustrado escritor, que en las postrimerías de su provechosa existencia,

---

sin atentar á la gravedad de sus costumbres y á la austeridad de su pensamiento, realiza una empresa de noble abnegación y de patriótica utilidad, haciendo discurrir fecundos gérmenes de ideas por los senos del alma costarricense.

## EULOGIO HORTA

SAN JOSÉ, ENERO DE 1898.



## AL LECTOR

---

Invitado por algunas personas que desean conocer ciertos puntos oscuros de nuestra historia, y solicitado por varios amigos para que coleccionase en un libro los diversos artículos que en forma de memorias ó autobiografía he publicado en los periódicos nacionales y extranjeros, me he decidido á complacerlos, no sin haber resistido muchos años á sus ruegos, temeroso de que mis producciones aparecieran ante el público ilustrado como una vana pretensión al título de autor de una obra literaria.

Lejos de aspirar á semejante honor, todo mi afán ha sido el ocultar mi nombre, usando de diferen-

tes seudónimos. No es sino en los últimos dos años cuando, apremiado cariñosamente por mi hijo Manuel, me resolví á publicar algunos, muy pocos, artículos literarios. Así es que más de seiscientas de mis publicaciones que en el último tercio de este siglo han visto la luz, pasan ó han pasado como hijas de padres desconocidos.

Para evitar decepciones á mis lectores, debo manifestarles con absoluta sinceridad que, más que un relato ó bosquejo histórico, mis escritos son pura y simplemente un reflejo de mi memoria. Consigno lo que he visto y oído; describo y pinto las cosas y las personas como las he calificado y juzgado, con propio criterio, quizá algunas veces erróneo, pero nunca apasionado ni conscientemente falso. En esos casos me limito á repetir lo que

---

---

oía decir á las personas que á mi juicio merecían ser escuchadas, por la autoridad y el crédito de que gozaban.

Algunas veces mis impresiones y relatos pueden no estar de acuerdo con las publicaciones oficiales. Eso se comprende si se reflexiona en el interés que tienen los diferentes grupos preponderantes en cada época, de paliar y á veces ocultar ciertos hechos que no les son favorables, ó de recargar de tintas deslumbrantes y exageradas algunos de los hechos ó acontecimientos de que han sido autores.

M. Argüello Mora

## I

## LIGERO ESBOZO DE LA VIDA

DE

Don Juan Rafael Mora

---

Don Juan Rafael Mora nació el año de 1814. Fueron sus padres don Camilo Mora y doña Ana Benita Porras, ciudadanos acomodados; pero este último honrado patricio, debido á su absoluta buena fe en el comercio, murió casi insolvente, dejando sin recursos á una numerosa familia, compuesta, además del hijo mayor, que lo era don Juan Rafael, de don José Joaquín, que después fué general en jefe de los ejércitos centroamericanos en Rivas; de don Miguel, y de siete mujeres, todas

acostumbradas á una vida holgada y confortable. Veintiún años tenía don Juan Rafael cuando perdió á su padre, y aquí comienza á exhibir el futuro Presidente una de tantas virtudes que lo hicieron tan querido y popular. El joven comerciante había logrado acumular en el negocio en pequeño á que se dedicaba, una mediana fortuna. Así es que la sorpresa de los acreedores del difunto don Camilo fué grande cuando se presentó el adolescente don Juanito (que así se le comenzaba á llamar) en la reunión que para dividirse los bienes de su deudor celebraban, y les manifestó que él venía á pagar todas las deudas del difunto, y que les prohibía que tocaran una sola silla que hubiera pertenecido á su padre. En efecto, satisfizo al contado lo que pudo, y lo que no, lo arregló á pla-

zos, constituyéndose único deudor y dando brillantes garantías. Desde ese momento el joven Mora fué el jefe adorado de toda su familia. Á fuerza de trabajo ímprobo, y favorecido por la fortuna, pronto llegó á ser uno de los hombres más ricos del país; lo cual logró conseguir viajando con grandes peligros, en miserables buques de vela, y cambiando el oro que producían nuestras minas, por mercancías que iba á buscar á Francia, Chile, el Perú, Panamá y los Estados Unidos. En 1848 era el agricultor más en grande de Costa Rica, pues que pudo cosechar de sólo su finca de café de Pavas, hacienda Franfort (en donde posteriormente se firmó el célebre decreto de *Franfort* disolviendo las cámaras legislativas), siete mil quintales de ese fruto; y como comerciante, lo era tan en grande, que en

ese mismo año exportaba para Inglaterra y Francia, en compañía de don Vicente Aguilar, treinta mil sacos de café. La fortuna de esa casa comercial, que se titulaba "Aguilar y Mora", era tan fuerte y tan saneada, que pudo resistir sin suspender sus pagos á la catástrofe que arruinó la agricultura ese año, la caída de Luis Felipe, Rey de los Franceses, acontecimiento que produjo una baja tan desastrosa del café, que los treinta mil sacos de la compañía Mora y Aguilar fueron vendidos á catorce francos el quintal; es decir, que con ese precio no pudieron pagar ni el flete del cargamento. Comprado aquí á ocho pesos, término medio, el quintal, y agregando los gastos de exportación, etc., etc., les costaba más de diez y ocho pesos el saco de cinco arrobas. La pérdida fué, pues,

de más de cuatrocientos cincuenta mil pesos oro.

Sin embargo, la casa resistió á tan terrible golpe.

El joven Juan Rafael Mora había jurado hacer las veces de padre, no sólo de sus nueve hermanos, sino aun de los hijos de esos hermanos. Por esa razón, el que estas líneas escribe, que era hijo de doña Mercedes Mora, la mayor de las hermanas, que murió á la edad temprana de 19 años, en 1843, dejando tres hijos pobres y désvalidos, pues ya eran huérfanos de padre desde 1838, fueron recogidos, alimentados y educados por el generoso joven, que no se cansaba de hacer sacrificios por los suyos. Uno de esos esfuerzos sobrehumanos fué el haber resistido por mucho tiempo al invencible poder de Cupido; pues una vez estuvo enamorado y bien corres-



pondido de una de las lindas y buenas hijas de este país, tan fértil en bellezas de esa clase; mas cumpliendo el juramento que había hecho de no casarse, para no dar una madrastra á sus protegidos, y que sólo formaría una nueva familia cuando hubiera establecido á todas sus hermanas, permaneció soltero. En 1847 todos sus hijos é hijas adoptivos (con excepción de una, que era paralítica) se habían casado bien; por tal razón satisfizo ese año los impulsos de su corazón, enlazándose con la buena, instruída y entonces bella, joven deña Inés Aguilar y Coeto, hija del ex Presidente de Costa Rica don Manuel Aguilar.

En 1849, en noviembre, una conmoción popular causó la caída del Doctor Castro del poder. Don Juan Rafael Mora, en su calidad de Vicepresidente de la República, lo

sustituyó, según así lo disponía la Constitución, copeluyendo el período comenzado por su antecesor, y continuó en el mando por elección libre del pueblo en 1853.

En ningún período de nuestra historia hemos tenido una época tan tranquila y feliz, como la que gozamos de 1850 á 1856; año en que la guerra exterior contra Wálker, el cólera y las revoluciones inauguraron ese calvario porque ha pasado Costa Rica, y que aun continúa haciéndonos sentir sus desastrosas consecuencias, con raros y cortos lúcidos intervalos de bonanza y ventura; esto á pesar de los esfuerzos de todos los buenos hijos de esta tierra que han ocupado la silla presidencial después, casi todos más ó menos bien intencionados; algunos mal servidos por la suerte y la fatalidad; otros ayudados é im-

pulsados por la diosa casualidad, y dichosamente todos, por su amor á la patria común.

No tratamos de escribir la historia de don Juan Rafael Mora. Nos hemos propuesto trazar solamente un ligero esbozo de los rasgos más notables de su corta existencia, que servirán para la inteligencia de los artículos que en este libro coleccionamos, y que serán la cadena que enlazará unos acontecimientos con otros.

Concluiremos, pues, esta relación preliminar, haciendo recordar al lector: que después de terminada la campaña de Nicaragua, Mora se ocupó solamente en restañar las heridas nacionales, procurando aliviar á las víctimas de la guerra y de la peste. Su reelección para el período de 1859 á 1865, perdió á Mora é infundió ánimo en los opositores

para organizar una revolución, la del 14 de Agosto de 1859, con la que pusieron fin á la paternal administración de Mora.

Una ligera relación de ese atentado nos servirá de punto de partida para que el lector comprenda el encadenamiento que tienen entre sí las diferentes publicaciones hechas con el título de Páginas de Historia, Apuntes para la Historia, Secretos de la Historia, etc., etc.

Los numerosos impresos que en aquella época vieron la luz poco nos enseñan, y no merecen crédito alguno porque de ambos lados la pasión política velaba ú ocultaba del todo la verdad. Tiempo es ya de entrar en las serenas estepas de lo cierto y lo inevitable. ¡Qué ganaríamos con tergiversar los hechos ó disfrazarlos, ante una posteridad que no tendrá la más ligera idea de



nosotros, pasajeros gusanillos fosfóricos, que apenas poseemos la luz que necesitamos para no llegar á oscuras á la fosa que guardará nuestros huesos!



## 14 DE AGOSTO

Era el 14 de Agosto de 1859. Las cuatro de la mañana sonaban en el reloj de la Catedral. Yo dormía profundamente en mi cuarto de la Avenida 3.<sup>a</sup>. Fuertes golpes en la puerta de la calle me despertaron, y una voz desconocida me llamaba y decía:—Levántese don Manuel: don Juanito el Presidente ha sido llevado preso á la Artillería.

¡Era aquello una horrible pesadilla!! Así lo pensé un momento; pero luego oí pasos acelerados en la calle, gente calzada que corría y ciertos ruidos insólitos á aquella hora matinal. Me vestí y salí á la calle. La ciudad aun estaba á

oscuras. En un instante me puse en casa del Presidente.

Llanto y lágrimas de la señora de Mora, doña Inés, y de los niños. Allí supe cómo el militar Sotero Rodríguez, al frente de una escolta, se había presentado á las 3½ de la mañana y había hecho despertar al señor Mora, diciéndole que había un desorden en el cuartel de Artillería, y que sólo su presencia podía calmarlo. Don Juan Rafael Mora no sospechó ni un solo momento que Rodríguez lo engañara. Apenas se puso unos pantalones, y en mangas de camisa salió al salón para hablar con el mensajero de desgracias. Se acercó á él pidiéndole informes, y éste le puso la mano en el hombro y quiso arrastrarlo hacia la calle, ayudado por unos soldados. En ese momento se acercó á Mora un sirviente español que le era muy

adicto y le llevó un revólver, empuñando otro de seis tiros con la mano derecha. Mas, cuando vió la violencia que se hacía á su patrón, apuntó al artero militar con ánimo de matarlo; pero éste le gritó que si disparaba el arma ó se acercaba á Mora, harían fuego sobre él. El Presidente, temeroso de que sacrificaran á su fiel servidor, le ordenó que se mantuviera quieto. Arrastrando y maltratando á su jefe, lo condujo Rodríguez á la Artillería, en donde lo esperaba el jefe de la sublevación que en esos momentos se consumaba. Era éste el entonces Coronel Lorenzo Salazar, comandante de plaza de San José, secundado por el Mayor Máximo Blanco, jefe del Cuartel Principal. Desde que Mora fué encerrado en un calabozo del Cuartel, el Coronel Salazar, puñal en mano, lo amenazaba



poniéndole la punta en el pecho y asegurándole que si alguna fuerza armada ó el pueblo ensayaba su salvación, se le inmolaría sin misericordia, pues, dada la situación respectiva de los autores de aquel atentado, tenían que jugar la vida del uno ó de los otros.

A las seis de la mañana fuí yo también arrestado en el mismo cuartel. En uno de esos calabozos estaba, cuando los oficiales Rosario Gutiérrez y Luis Pacheco me propusieron la contrarrevolución.

Más tarde fuimos trasladados al Palacio Nacional, en donde permanecimos dos días, el Presidente en su antiguo despacho, y yo en el salón del Ministro de Relaciones Exteriores, junto con el ex Vicepresidente don Rafael Escalante.

Después que se nos notificó nuestro destino, que era el destierro in-

definido, fuimos puestos en comunicación, y centenares de personas nos visitaron; pero siempre en presencia de algún jefe militar.

El 16 se nos hizo salir escoltados por el Coronel Blanco (militar colombiano al servicio de Costa Rica), quien, á la cabeza de cien soldados y diez oficiales, nos acompañó hasta Puntarenas.

En ese puerto nos reunimos con los generales don José Joaquín Mora y don José María Cañas.

El 19 se nos condujo á bordo del vapor *Guatemala*, que hacía viajes periódicos hasta San José de Guatemala.

Don Juan Rafael Mora siguió para San Salvador, donde fué magníficamente recibido por el Presidente don Gerardo Barrios, quien le hizo ofertas de auxilio con tropas y dinero para que volviera á Costa

Rica. El General Cañas y yo entramos en León de Nicaragua, de donde aquél pasó á San Salvador. Barrios recibió á Cañas como á un hermano, y lo nombró comandante en jefe del ejército salvadoreño; por ese motivo, Cañas hizo ir su familia á San Salvador y residió allí hasta que la fatalidad nos trajo á Puntarenas en 1860.

Mora volvió en el mismo vapor *Guatemala* y yo retorné á Corinto, donde nos reunimos para continuar juntos el viaje á Nueva York. Nos acompañaba don Crisanto Medina (padre).

En Panamá se nos recibió muy bien, principalmente por Mr. Nelson, el Superintendente del ferrocarril del Istmo. Se nos obsequió con pasajes libres á los tres, dándonos el privilegio de hacer uso del ferrocarril y de cualquier vapor per-

teneciente á la Pacific Mail, tanto en la línea Colón-Nueva York, como en la de Panamá - San Francisco de California.

El 13 de Setiembre desembarcamos en la Metrópoli Americana. Nos hospedamos en el hotel San Nicolás, donde nos fatigaron los reporters de los periódicos. La revolución consumada en San José el 14 de Agosto, con todos sus detalles, la hicieron conocer al público americano varios diarios, entre otros, el *World*, el *Herald*, etc., etc.

En mi artículo *Secretos de la Historia* relato lo más interesante de nuestro paso por los Estados Unidos.

Don Juan Rafael Mora volvió al Salvador en Diciembre y se dedicó á cultivar en grande el café, indus-



tria enteramente desconocida en ese país en aquella fecha. También hizo grandes plantaciones de tabaco, mejorando el sistema de beneficio, que allí encontró muy primitivo.

El General Cañas, en su destino de jefe del ejército, se hizo inmensamente popular. En el Salvador tenían muchos motivos para hacer de Cañas un semidiós. Lo primero, porque él nació en Suchitoto, y era por consiguiente salvadoreño; segundo, por su gloriosa campaña de año y medio contra Wálker en Nicaragua; tercero, porque habiendo militado con Morazán, se le tenía como una hechura de ese jefe adorado; y finalmente, porque el viejo Cañas era verdaderamente simpático y digno del general aprecio; generoso, valiente, pródigo y amigo del género humano.

Más de seiscientas personas si-

guieron á los proscritos costarricenses; así es que el motín del 14 de Agosto fué una gran fortuna para la República del Salvador, porque obligó á muchos de los nuestros á trasladar sus familias, sus capitales y sus industrias á esa hospitalaria nación.



### III

## CANAL DE NICARAGUA

---

Concluída la guerra nacional, vuelto á sus hogares el resto del ejército expedicionario, y embarcados para Panamá y Colón los seiscientos filibusteros que á Costa Rica tocò mantener y alimentar, el país reponía sus fuerzas y reparaba las ruinas que dos años de guerra y el cólera asiático le habían causado. Mas la confianza en el porvenir no volvía. En efecto, Wálker había sido vencido; pero Wálker no era más que la personificación de una idea, la de la esclavitud, sostenida por los Estados del Sur de la Federación Americana, que tenían interés en anexionar á la gran República nuevas tierras donde im-

plantar la negra semilla africana. Y los Estados del Norte se manifestaron indiferentes á nuestras desventuras, dejando obrar libremente á los del Sur. El Presidente Mora pensaba que quizás la apertura del canal por Nicaragua favorecería nuestra independencia, si lográbamos que la empresa no fuera puramente americana. Para conseguir esto, era necesario que alguna nación europea grande tomara la iniciativa en la empresa, como sucedió en el istmo de Suez, y ésa es la razón de la acogida que se hizo á Mr. Félix Belly, escritor y estadista francés que había dedicado su existencia á procurar que el canal se hiciera bajo la égida de la Francia.

Imbuído en esta idea, que halagaba su pasión predominante, que era el patriotismo, partió Mora para Nicaragua en 1857, con el objeto de



abocarse con el Presidente Martínez y conducir lo más pronto y aceleradamente posible un contrato ó concesión á Mr. Belly, que trataría de realizarlo bajo los auspicios de Napoleón III.

En una semana de conferencias celebradas en Rivas entre ambos gobernantes, asistidos por sus respectivos Ministros (Toledo por nuestra parte, Cortés y Juarez por la de Martínez), hicieron la obra que la diplomacia habría empleado años en terminar.

Se había logrado, pues, el evitar que los yankees, ó sea (según las ideas reinantes en esa fecha) los Estados Unidos, tomaran parte en la apertura del canal. Mr. Belly se fué á Europa á hacer propaganda en favor de la empresa.

Mas como el contrato Belly había sido celebrado á la luz del día,

sin que el público ignorara ninguno de sus detalles, el Gobierno americano envió un Ministro á Nicaragua, el General Lamar, con el objeto de deshacerlo y echarlo abajo, costase lo que costase. Los nicaragüenses no podrán olvidar aquella figura vulgar é imponente al mismo tiempo. El General Lamar se paseaba por las calles de Managua en mangas de camisa, para manifestar su desprecio por las gentes que lo rodeaban, y no pronunciaba una palabra que no contuviera una amenaza. Lo cierto es que en pocas semanas se había apoderado completamente del campo que antes nos pertenecía. Halagos, promesas, y sobre todo la intimidación, eran su proceder ordinario, y con el que logró convertir á Martínez en enemigo nuestro, y en un obstáculo permanente á la consecución de nuestros proyectos.

Eso es lo que voy á contar, ese es el velo que voy a descorrer, pues en este asunto, como en todos los demás relativos á nuestra historia política, las publicaciones oficiales, las gacetas y periódicos oficiosos, sólo cuentan lo que al círculo ó partido reinante conviene que se sepa; siendo en la mayor parte de los casos todo lo contrario de la verdad; y en un país como éste, donde los que conocen esa verdad no quieren certificarla, ni aun siquiera consignarla por escrito en memorias, en cartas, ó de cualquier otro modo, ya sea por temor de herir algunas susceptibilidades, ó por pereza ó culpable indiferencia, esa verdad quedaría sepultada para siempre en las brumas del olvido. Me refiero, por supuesto, á épocas anteriores, cuando la prensa naciente sólo se sentía vivir en la for-

ma de una Gaceta Oficial y en la de alguno que otro periódico semanal, empeñado en desacreditar lo que la Gaceta decía. Es de esperar que hoy no suceda lo mismo, porque no es verosímil que ocho ó diez voceros diarios se pongan de acuerdo para ocultar la verdad.

Por lo que hace á los tiempos nebulosos y oscuros que hoy exploran mis recuerdos, ¿qué clase de estudios históricos pueden hacerse fundados en relaciones oficiales, enteramente ficticias, aun cuando esa ficción fuera necesaria y útil al país, como sucedió en el caso presente? ¿No es esto inducir á error á los neófitos en el arte de gobernar, y desorientar á esa brillante juventud destinada al apostolado del porvenir, haciéndola deducir falsas conclusiones, de proposiciones imaginarias?

Esto sea dicho con perdón del mundo oficial, á quien no culpo, pues en muchos casos el interés de la Nación así lo exige. *Experto crede.*

Reanudo ahora mi relación, exponiendo primero ante los ojos del lector la escena tal como la describen los papeles oficiales, y como debieron presenciarla las gentes de aquella época; escena muda ó pantomima en que se ven moverse las figuras, sin comprender el por qué ni el para qué de aquellos aparatos.

En seguida procuraré poner al corriente al lector del fin que se trataba de obtener con aquellos medios; siendo éste el anverso de la medalla, en cuyo reverso debíamos también ser actores, dos años más tarde, como se verá en posterior publicación titulada "Secretos de la Historia Patria".

Á fines de 1858 llegó á San José una Legación inglesa, la más completa y solemne que ha venido á Centro América. Un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, el Baronet Sir William Ouseley, acompañado de su esposa é hija; un primer Secretario, Mr. Jollet Sing, y dos segundos; un Attaché; mayordomo, cocheros, cocineros y criados; todos ingleses. El señor Ouseley, una vez presentado al Gobierno, abrió sus salones á la sociedad josefina y dió banquetes, bailes y dos soirées por semana. Poco después comenzaron á llegar y reunírsele, llamados por él, casi todos los cónsules ingleses que residían en Costa Rica y Nicaragua, con quienes tuvo varias conferencias. En febrero de 1859 volvió Mr. Belly y con él un coronel inglés, Mr. O. Gorman Mahon; el

Príncipe de Polignac, hijo del célebre Ministro de Carlos X y descendiente de Luis XIV en línea recta, y Mr. Le Vasseur, Ministro Residente de Francia en México, con licencia para dejar su puesto durante unas semanas. Toda esa gente gastaba bien su dinero. Paseos al Irazú, bailes, serenatas, días de campo, etc.

Mientras eso pasaba, Mr. Belly nos comunicó, exigiéndonos sobre esto el más completo secreto, que el Emperador Napoleón III, alarmado con el giro que tomaban los asuntos del canal, había decidido, de acuerdo en eso con el Gobierno inglés, que el canal fuera una empresa francesa, y, en último caso, que al menos no lo fuera exclusivamente americana. Para lograr este objeto era preciso, ante todo, que los Gobiernos de Nicaragua y

Costa Rica se mantuvieran unidos y cumplieran lo estipulado en el contrato concedido á Belly, el cual aun no se había legalizado por el Congreso nicaragüense.

Todo eso podía ser cierto; pero como no nos presentaba credenciales, ni documento alguno que comprobara su secreta misión, le dijimos, como en otros tiempos se dijo á Cristo: "Si eres Dios, haz un milagro y creeremos en tu misión". El milagro fué hecho, y consistía en el procedimiento que sigue.

Se trataba de que repitiéramos el viaje á Nicaragua para recuperar la influencia de que el Ministro Lamar nos había despojado. Este señor trabajaba con los diputados nicaragüenses para que no aprobaran el contrato Belly. Se creía que sólo la presencia de Mora podía enderezar el negocio, mucho más si el



viaje á la Tierra de los Lagos se rodeaba de apariencias prestigiosas. Gran sacrificio tenía Mora que hacer para salir del país en abril de 1859, precisamente cuando se practicaban las elecciones para la presidencia de la República, como en efecto se hicieron en su ausencia. Su reelección se le comunicó por correo. El primer acontecimiento que debía impresionar favorablemente á Martínez era esa reelección. Mora continuaría de Presidente de Costa Rica aun durante seis años á contar del ocho de mayo.

Para dar brillo y prestigio á la persona del señor Mora é importancia á su viaje á Nicaragua, le ofreció Belly dos buques de guerra, uno francés y otro inglés, los cuales nos conducirían á San Juan del Sur y nos traerían después á Puntarenas, formando el uno la escolta del otro.

Si Mr. Belly lograba semejante manifestación de parte de los dos gobiernos, francés é inglés, era claro que tendríamos el apoyo de esas naciones en la empresa, y que aquél no nos engañaba.

En efecto, pocos días después de hechas esas promesas ancló en Puntarenas, no un buque cualquiera de guerra, sino el almirante Bonard en persona, jefe de la escuadra del Pacífico, que tenía su bandera en la fragata la Andrómeda, de 2,000 toneladas, ciento ochenta cañones y quinientos soldados de infantería de marina. Al día siguiente arribó el vapor de guerra inglés *Vixen*, capitán Lambert, é igualmente se puso á la orden de nuestro Gobierno.

Se resolvió, pues, el viaje y partimos con intención de ir en el Andrómeda y volver en el *Vixen*, y que éste escoltara al primero hasta

San Juan del Sur. Acompañaban á Mora, además de los extranjeros de que antes he hablado, nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor don Nazario Toledo, y su hijo Roderico, don Miguel Mora, diputado, don Antonio Vallerriestra, intérprete, ocho edecanes escogidos entre los más bien parecidos del ejército, tales como los coroneles Manuel Cañas, Máximo Blanco, Ezequiel Pi, Clodomiro Escalante, General don José (don *Chepe*) Zamora, y doce ordenanzas.

Nos recibieron en ambos buques con los honores que se acostumbra hacer sólo á los que rigen Estados soberanos. Mucho placer tuvimos al notar que nuestros oficiales no eran inferiores á los franceses, ni en lo personal, ni en el vestido, pues se había procurado que fueran ricamente uniformados, y los doce

soldados ordenanzas calzaban botas altas, pantalón y chaquetilla de paño azul; y como raza, eran tan blancos como los franceses, ó más aún.

Seis días navegamos, á causa de las calmas, y hasta el séptimo no desembarcábamos en San Juan del Sur.

Como es tan difícil que á un particular se le admita como pasajero en los navíos de guerra, y enteramente imposible, cuando lleva la bandera de un Almirante, espero complacer á mis lectores refiriéndoles algunas de las formalidades propias sólo de esa clase de fortalezas semovientes.

Además de los quinientos soldados de marina y de una numerosa tripulación, la *Andrómeda*, tenía una banda marcial de setenta músicos, dirigidos por Marcillac, célebre director y compositor de música militar, de Versalles, que se había da-

do á abusar del vino y en castigo se le mantenía en las escuadras de Oriente y Occidente. Ochocientas personas, por lo menos, habitaban aquel pedazo de tierra francesa flotante, según la ficción del derecho internacional. Mandaba la gran fragata el barón Didelot, capitán de navío, y en segundo, el marqués Adolphe Simón. El almirante Bonard tenía un brillante Estado Mayor, separado é independiente de la autoridad de la fragata, pues éstos son empleados con jurisdicción en todos los buques de la flota del Pacífico. Si la disciplina es severa en toda la marina de guerra, en los buques almirantes es rigurosa. Un monarca no se rodea de más formas de respeto que uno de estos señores de los mares. Por ejemplo: en la popa no se puede colocar más que una silla ó butaca para el Almirante,

pues todo el mundo debe estar en pie en su presencia. El mismo capitán del buque debe sujetarse á esa regla. El joven Roderico Toledo, que ignoraba esas formas, descansó unos minutos en la terrible silla, y fué inmediatamente advertido de que no se le perdonaría una segunda contravención de ese género. Era de ver el asombro de los marineros y las llamadas de alarma de los centinelas, como si se hubiera cometido un homicidio. Eso nos dió la medida de lo que nos esperaba y del cuidado constante que debíamos tener con nuestros muchachos. Esa silla no fué única desde que Mora entró á bordo, porque tenía derecho, como Jefe de un Estado soberano, de sentarse al lado del semidiós del Océano. Las comidas se servían en tres diferentes mesas y lugares. Á la primera, presidida por Mr. Bo-

nard, fuimos admitidos el señor Mora, don Miguel, el Doctor Toledo, el primer Capellán y el primer Médico, el intérprete Vallerriestra y yo. La segunda la presidía el Capitán Didelot, y era para los altos empleados de la fragata y para el General Zamora. La tercera, presidida por el segundo Capitán Marqués Adolphe Simón, era la más alegre y bulliciosa, tanto por el número de sus comensales cuanto porque allí se comía y se bebía como se come y se bebe á los veinte años, pues era la mesa de la oficialidad y de los aspirantes de marina. Me ocuparé sólo de la primera, la del Almirante. Todos debíamos presentarnos al almuerzo de paletot, guantes blancos y pantalón claro. Á la comida era de rigor el frac negro y estar frescamente rasurado, con cuyo objeto se ocupaban cuatro barberos

toda la mañana. Dos programas siempre variados nos ponían al corriente de los platos y de las piezas de música que debían ejecutarse durante las comidas, el menú y la música que acompañaba cada plato. Una obertura se tocaba regularmente, que comenzaba con la última señal de estar lista la comida y continuaba hasta que se servía la sopa. Después, cada manjar tenía su pieza. Marcillac compuso, dedicadas á Mora, seis preciosas partituras, porque había ofrecido que si las calmas nos detenían un año, todo el año se ejecutaría una obra suya inédita cada día. Las bandas de San José estuvieron muchos años repitiendo esas composiciones: una de ellas, *La Herradura*, polka mazurka, y la marcha de Mora, fueron muy gustadas en este país.

Un *maitre d' hôtel* dirigía en jefe



las diversas evoluciones de las comidas, y seis criados con la librea del Almirante ejecutaban las órdenes de aquel potentado de las cocinas. En los postres Mr. Bonard se complacía en extremo con las relaciones que Vallerriestra le hacía de nuestros combates con los filibusteros. Vallerriestra era una viva muestra de nuestras hazañas. Todavía tenía el cuello y media cara destrozados por la explosión del "Once de Abril" (buque de guerra costarricense). Había una historia que hizo repetir varias veces y que siempre le interesaba como si nunca la hubiera oído. Era el combate entre los dos buques armados en guerra, el "Once de Abril", de Costa Rica y el "San José", de Wálker. Recordemos algo de ese triste pero glorioso y legendario hecho de armas. La nave enemiga estaba me-

por servida que la costarricense, por artilleros y marinos europeos y norteamericanos. A pesar de esas ventajas, habríamos nosotros vencido sin una horrible fatalidad y una gran estupidez de un carpintero llamado Gregorio Chaves, que vivió muchos años después de la catástrofe, contando su historia, adornada por sus idiotas risas y exageraciones.

Cuatro horas de combate, sin ventaja conocida, daban esperanza á Vallerriestra, que mandaba en jefe, si no de vencer, al menos de salvar el buque y las tropas que esa nave conducía para Nicaragua, cuando Chaves bajó á la Santa Bárbara á sacar parque, que escaseaba sobre cubierta. Según contaba ese infeliz después, se le ocurrió encender un fósforo para mejor elegir los tiros de cañón; al raspar el fósforo se le desprendió de la mano, ya encendido, y

cayó sobre la pólvora suelta del piso. La explosión fué terrible; lo que no se ha podido explicar, ni se comprende, es la salvación del autor del incendio, quien, lo mismo que Vallerriestra, fué arrojado á una gran altura: el carpintero cayó ileso del todo, y Vallerriestra con su uniforme en llamas y las cejas y pestañas quemadas, por lo que se creyó ciego, como en efecto lo estuvo algunas semanas. El buque estuvo ardiendo unos minutos, luego se hundió y desapareció en las profundidades del océano. Por lo que hace á nuestros pobres soldados, la mayor parte se ahogaron y los que sabían nadar se sostenían como podían sobre las olas. Del "San José" se les gritaba intimándoles la rendición y ofreciéndoles la vida salva, pero Vallerriestra así medio cadáver como estaba, grita-

ba “Muera Wálker”; y los nuestros repetían “Muera Wálker”; y al hundirse la nave todos los moribundos exclamaron: “Viva Costa Rica: viva Mora”. El valor más que heroico, sublime, que los costarricenses desplegaron en esa ocasión causó tal admiración al enemigo, que mandó echar todos los botes al agua, con orden de tomar á la fuerza á los náufragos. Así lo hicieron, y una vez á bordo se les recibió con verdadera ovación, pues entre los hombres que seguían á Wálker había algunos sujetos de corazón y aun de muy buena educación, que siendo pasajeros en el istmo, habían sido forzados á tomar las armas. Se trató á nuestra gente mejor que á sus propios soldados, y al llegar á tierra se les puso en libertad. ¡Tanta es la fuerza de lo grande y de lo bello, que engrandece y bonifica á los pequeños y á los

Como el Almirante manifestara deseos de ver el gran Lago de Granada, tuvo Mora que invitarlo á él y al capitán del *Vixen* para que entrara á Rivas. Desembarcaron, pues, con nosotros Mr. Bonard, sus edecanes, algunos aspirantes de marina, los setenta músicos y una escolta de honor que el Almirante dió á Mora, compuesta de treinta rifles de la infantería de marina, á las órdenes del teniente Alexis Etienne Moreau. Mr. Charles Alfred Schomeyer, teniente de navío de la marina real de Suecia, dos cirujanos y los cocineros con su correspondiente estado mayor de mozos de cocina, etc., del barco inglés, nos siguieron: el capitán, el teniente, un corneta y ocho soldados. Los inauditos esfuerzos que tuvimos que desplegar para encontrar cabalgaduras para más de doscientos convidados, sólo

podrían describirlos las dos personas que se encargaron de tan penosa tarea. Á don Evaristo Carazo, costarricense, y á un alemán llamado Enrique Gottel, debimos el haber salido airosos de esa heroica empresa de nuevo género. ¡Y qué decir de nuestros apuros y fatigas para alojar médicamente á tan ilustres huéspedes, en un pueblo tan desprovisto de todo recurso como era Rivas, recién pasada la guerra y el cólera morbus? La primera vez que estuvimos en Rivas todo se facilitó porque el Presidente Martínez nos esperaba provisto de todo cuanto el país ofrecía de confort; mas ahora, que el Ministro americano nos lo había convertido en enemigo de Mora y de la apertura del canal bajo la égida de la Francia, todo fué preciso crearlo, casi inventarlo. Rivas, por consiguiente, estuvo de

gala una semana. En sus calles sólo se veían ricos uniformes franceses, ingleses y costarricenses. El Almirante hizo traer á tierra cien kilos de hielo, cuya mitad la obsequió á Mora; éste á su vez regaló pequeñas porciones á los principales vecinos de Rivas, lo que produjo un gran asombro, pues el hielo en aquella fecha era desconocido en Nicaragua.





IV

SECRETOS DE LA HISTORIA PATRIA

---

MORA Y BUCHANAN

---

El vapor "Ocean Queen" apagaba sus fuegos y arrojaba su ancla frente á Canal Street, en Nueva York, el día 14 de setiembre de 1859. El sol asomaba detrás de las Montañas Blancas (White Mountain) bañando en luz y calor la ciudad imperial, la más rica y poblada metrópoli del Nuevo Mundo.





Dos mil pasajeros venidos del país del oro desembarcaban derramándose en los mil hoteles de la ciudad. Entre esos pasajeros íbamos cinco embarcados en Colón y procedentes de Puntarenas, á saber: don Juan Rafael Mora, don Crisanto Medina, padre é hijo, don Adolfo Bonilla y yo. Bonilla era casi un niño. El señor Mora y yo no hacíamos un paseo voluntario: íbamos empujados por el frío cierzo de la proscripción.

Hacía un mes que una conspiración militar había desconocido y derrocado el poder legítimo que Mora ejercía en Costa Rica, y quince días que el pueblo norteamericano estaba al corriente de los más pequeños detalles de ese drama político: ¡tal es la fuerza expansiva de esa dinamita del espíritu, la prensa, diosa omnipotente que todo lo sabe y to-

No era, pues, un desconocido el señor Mora para el pueblo americano. Fué visitado por innumerables personas, con algunas de las cuales cultivámos íntimas relaciones; entre éstas nos honraron con su amistad el Gral. Páez, el héroe de Las Que-  
seras, el señor Tassara y el Sr. Bertinaty, Ministros de España é Italia respectivamente, Romero, el conocido, Diplomático mexicano y Acosta, el más célebre médico latino español. Don Luis Molina, nuestro Ministro en Wáshington, que se convirtió en espía y delator para no perder su destino, hizo cuanto pudo en nuestro daño, sacrificando su dignidad al sol naciente, por más que ese sol fuera emanación de una traición militar.

El mismo día que desembarcá-  
mos recibió don Juan Rafael Mora  
un telegrama de Mr. Buchanan,

Presidente de los Estados Unidos. En él saludaba al *Presidente* Mora, no al ex Presidente, cosa que nos sorprendió, porque ignorábamos la inesperada y brillante fortuna que la suerte ofrecía á Mora. Concluía el telegrama instándole para que se presentara en la Casa Blanca.

Nosotros tomámos este telegrama como una simple cortesía oficial, y contestó Mora que tendría el placer de visitar á Buchanan tan pronto como descansara unos días de las fatigas del viaje.

Una semana después se recibió otro telegrama del Ministro de Estado, Mr. Chasse, quien suplicaba al señor Mora que pasara á la Casa Blanca con el objeto de tratar un asunto que le importaba.

Esto ya nos llamó la atención, y partimos inmediatamente para WASHINGTON.

Alojados en el Hotel Brown y contestadas las visitas de estilo al Presidente y Ministro Chasse, aquél nos manifestó que deseaba tener una entrevista con el señor Mora, el objeto de la cual debía permanecer secreto, al grado de que si era posible evitar intérprete, era preferible pasarnos sin su ayuda. Persuadidos de la mala voluntad de Molina hacia nosotros, procuramos alejarlo de la entrevista de ambos Presidentes.

El deseo de que el espionaje de Molina no tuviera esa ocasión de utilizarse, me hizo pasar uno de los bochornos más grandes de mi vida. No quiero disimularlo, pues en materias históricas prefiero exhibir mi vergüenza antes que ocultar el menor detalle que ponga en duda mi sinceridad.

Es el caso que me ofrecí como intérprete, creyendo poseer el idio-

ma inglés, después de recibir dos años las lecciones del profesor de la Universidad de Santo Tomás, don Joaquín Alvarado. ¡Cuál sería mi confusión cuando noté que Mr. Buchanan no me comprendía una sola palabra! Después que hice esfuerzos inauditos para hacerme entender, acabé por excusarme en español, idioma que Mr. Buchanan entendía, pero en el que no podía hacerse entender. No sé qué hubiera sido de mí si no hubieran concluido por reírse los dos interlocutores. Fué preciso valerse del señor Molina. Procuraré repetir el contenido de la conversación, que fué el siguiente:

“Las nacionalidades pequeñas y débiles, dijo Mr. Buchanan, están expuestas en América á ser absorbidas por los europeos, ó al menos á que se ejerzan sobre ellas desastrosas influencias que no convienen á

---

los Estados Unidos. Inglaterra, sobre todo, se ha apoderado casi exclusivamente del comercio de las Repúblicas del Centro, adueñándose poco á poco de algunos territorios que serán más tarde la estaca del fraile, como suele decirse. Por ese motivo hace años que buscamos, y hemos esperado en vano que aparezca, entre los prohombres de esos países una figura superior que sea conocida y respetada en los cinco Estados del Centro. Morazán pudo haber sido ese hombre, mas ustedes cometieron el error de fusilarlo, más que error, crimen inútil que les privó de un buen militar y gran político. La ruidosa guerra que usted inició y sostuvo contra Wálker lo señaló á la gratitud de todo el istmo, y su nombre es conocido en las cinco Repúblicas. Pienso, pues, que á usted toca la

misión de unir esos pueblos en una sola nacionalidad que se dé á respetar. Sé las dificultades de la empresa y me adelanto á allanarlas. Propongo al señor Mora lo siguiente. En Nueva York tengo listo un Ministro, el señor Dimitri, que sólo espera su respuesta, si usted acepta mi proposición. Él y otros cuatro Ministros más serán enviados á cada uno de los Estados de Centro América con el único objeto de ayudar á usted á conseguir nuestro propósito, bajo su dirección, lo mismo que dos buques de guerra, cuyos capitanes obrarán de acuerdo. Además, usted solicitará un empréstito de dos millones de pesos á los banqueros que le indicaré y que mi gobierno garantizará. Creo que con esos elementos será posible triunfar de la inercia de esos pueblos. La única condición es que

todo esto debe hacerse bajo el más profundo secreto, de modo que no haya margen á complicaciones internacionales. En estos casos, aun siendo adivinado ó descubierto, hay que negar á pie junto y evitar que se tengan pruebas de la acción de mi gobierno. En el caso de que usted rehuse la empresa, Dimitri partirá en el acto para Costa Rica y reconocerá el gobierno de Montealegre, quedándose allí como Residente. Piénselo usted antes de contestarme. Tómese dos días y espero pasado mañana su respuesta."

Puede figurarse el lector lo que yo sentiría al oír á Mr. Buchanan desplegar ante mis ojos aquel miraje encantado!! Mora, Presidente de Centro América, de quien sería yo Ministro primero y después sucesor en la silla curul!! No sé cómo puede contener mi alegría y la inquie-



tud que me causaba, conociendo las ideas de Mora sobre unión de los Estados centroamericanos. ¿Sería rehusado tan brillante porvenir? Así es que cuando éste contestó lo que va á leerse, casi pierdo el habla y el juicio. Mora se expresó así:

“Agradezco infinito la alta idea que el señor Buchanan tiene de mí y la altísima honra que me brinda; pero no puedo aceptarla sin ser un mal costarricense. Centro América en general ganaría mucho con la unión de las cinco Repúblicas; pero Costa Rica lo perdería todo, su tranquilidad, sus hábitos de orden y trabajo, y hasta su sangre, que estaría en la necesidad de derramar sofocando revoluciones y procurando un acuerdo imposible, dada la grandísima diferencia que hay entre mi país nativo y las otras cuatro agrupaciones del Centro. Diferencias

de raza, de costumbres y de aspiraciones nos separan de un modo radical; hay más puntos de conexión y homogeneidad entre Colombia y Costa Rica que entre ésta y Nicaragua, la más vecina de las cuatro. Sé que para muchos mi patriotismo es estrecho y mezquino; pero mi conciencia, quizá por mi ignorancia ó poca ilustración, me obliga á proceder así."

Cuando el señor Mora acabó de hablar era tal mi pena y desolación que apenas me daba cuenta de lo que pasaba. Lo cierto es que la conferencia concluyó con cierta frialdad de parte de Buchanan y con grande alegría de Molina, que creía escapar de un gran peligro desha-ciéndose de Mora para siempre, pues era claro que lo único que esperaba al pobre mártir era la expatriación por largos años y la ruina de sus intereses.

Nos separamos; yo, medio aturdi-  
do, supongo que tendría cara de  
idiota: Molina riéndose: Buchanan  
muy serio, y Mora con su habitual  
fisonomía, cuya suavidad y belleza  
eran la admiración de los america-  
nos.

No sé lo que pensarán los parti-  
darios de la unión, de la conducta  
de Mora; pero, cualquiera que sea  
su credo en esta materia, no negar-  
rán que el hecho de Mora, rehusan-  
do el poder, la riqueza y la gloria,  
era sincero, bello, y demostraba un  
grande y sublime patriotismo, y en  
esa materia la intensidad de la vir-  
tud no se mide por el tamaño del  
territorio ó terruño que representa  
la patria.

El Ministro Dimitri salió al día  
siguiente para Costa Rica con el  
objeto de reconocer el nuevo Go-  
bierno de Montealegre.

V

DON JUAN R. MORA

EN PUNTARENAS

---

Atravesaba á pie la *Verde Erim*, y me sorprendió el año de 1860 en la capital de Irlanda, la nación mártir. Con la tristeza que en el ánimo del viajero inspira el espectáculo de ocho millones de *parias* muriendo de hambre y de frío, me paseaba el primero de Enero de 1860 por Sackville Street, la más lujosa calle de Dublín, donde los

ingleses, rodeados de un lujo oriental, insultan la miseria de sus siervos ó casi esclavos que riegan el suelo irlandés con el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos, para satisfacer el orgullo inglés.

Para que el contraste fuera más notable, visitaba yo esta desgraciada isla cuando aun tenía fresco el recuerdo de otro pueblo rico, libre y feliz: el pueblo Americano del Norte. ¡¡Qué diferencia de situaciones!!

Llegué al elegante edificio del Correo, verdadero palacio por su arquitectura y extensión. Pido que se busque mi nombre en la *lista de correos* y se averigüe si tengo cartas. En el acto me entregan un paquete con varias estampillas, entre ellas una de la República del Salvador. Era una carta de Mora escrita en Santa Tecla. Sólo con-

tenía las pocas líneas siguientes:  
“Vente por el primer vapor, te necesito con urgencia. Tiempo tendrás después para viajar y filosofar. Tuyo. (Firmado) Juan Rafael Mora”.



Ese mismo día tomé el vaporcito que hace el correo entre Dublín y Liverpool, y á la mañana siguiente desembarcaba en esta última población. Uno de los grandes vapores de la línea de *Cunard*, el *Adriático*, salía en la noche para Nueva York. Tomé pasaje, y el 3 de Enero bogaba en el Atlántico, en compañía de doscientos pasajeros de primera y sesenta de segunda. En esta época la línea de *Cunard* era la más lujosa y la más segura, porque no había perdido ninguno de sus buques. Mucho se ha ade-

lantado de entonces á esta fecha en cuanto á celeridad de esos palacios flotantes, pues en 1860 no había vapor alguno que hiciera la travesía del Atlántico en menos de doce días, y hoy es común hacerla en seis. Desembarqué en Nueva York y la casualidad hizo que el deseo de Mora, de que yo llegara lo más pronto posible, se cumpliera de un modo anormal y extraordinario. Si el día que arribámos á Nueva York no hubiera sido un domingo, habría tenido yo que esperar en los Estados Unidos quince días, pues eran quincenales los trabajos de la *Pacific Mail*, y debía partir ese día *El Colón* para Aspinwall. Pero los marineros protestantes jamás salen de un puerto en día domingo. Pude, pues, desembarcar el domingo, pasar el día y dormir una noche en Nueva York, y aprove-

char el lunes el gran vapor *Alaska*. No se limitó la fortuna á serme grata á medias, pues al llegar á Colón, en vez de esperar una quincena en Panamá, como era costumbre, se nos avisa que el vapor *Guatemala* en el Pacífico sólo esperaba la llegada del *Alaska* para zarpar. Así fué que atravesámos el istmo en la noche en ferrocarril y á la madrugada salimos para Centro América. Dos días después anclábamos en Puntarenas, en cuya tierra no pude desembarcar porque estaba proscrito. El 3 de Enero teníamos á la vista el pseudo puerto llamado La Libertad. Treinta y cinco años hace que esos acontecimientos se verificaron y aún hoy siento en el corazón algo de la suave y poética impresión que me produjo la llegada á Santa Tecla, centro de la colonia costarricense que el huracán de



las pasiones políticas había arrojado á doscientas leguas de sus hogares. En Santa Tecla estaban lo menos seiscientos emigrados de Costa Rica que habían seguido al Presidente mártir en su mala fortuna y su destierro.

El café, fruto principal de exportación en El Salvador, lo debe á la emigración costarricense. En efecto, Barrios, don Gerardo, Presidente que era de esa República, recibió muy bien á Mora y sus adherentes, y les concedió terrenos fertilísimos con la condición de que los cultivaran de café. Don Yanuario Blanco, acaudalado costarricense que habitaba en San Salvador, hizo igual cosa con sus compatriotas, favoreciéndolos y animándolos con sus riquezas y su influencia.

Don Juan Rafael Mora, hombre sin ambición y gran trabajador, era

uno de esos empresarios de gigantescas proporciones. Eso le habría bastado para su felicidad, sin las excitaciones, ruegos y empeños de sus amigos políticos que lo llamaban incesantemente. Comenzó por sembrar dos millones de cafetos en almáciga, cuyo resultado más adelante veremos.

Por lo pronto, mi llamada al Salvador, obedecía á otra clase de ideas. Martínez, Presidente de Nicaragua, había sido nuestro constante enemigo después que el Ministro Americano, General Lamar, con motivo del Canal interoceánico, nos lo había convertido en eso. Pero los acontecimientos se habían impuesto con su ineludible poder, y las cosas habían variado en la República de los Lagos. Martínez no era ya amigo del nuevo poder, el de Montealegre, é hizo avances secretos á

Mora para que se acercara á Nicaragua. Se trataba, pues, de confiarme la delicadísima misión de entenderme con el Gobierno nicaragüense para derrocar á los usurpadores del nuevo orden de cosas. En el Gabinete de Martínez contábamos con dos buenos amigos, los señores don Pedro Zeledón y don Pedro Joaquín Chamorro.

Después de una semana de reposo en Santa Tecla, me trasladé á Nicaragua, y el mismo día que llegué á Managua fuí recibido por el Presidente Martínez.



¿ Qué había sucedido en los últimos seis meses, para que Martínez se convirtiera de nuevo en amigo de Mora? Jamás he podido averiguarlo; lo cierto es que lo encon-

tré, no sólo animado, sino entusiasta y ferviente colaborador de la restauración del señor Mora al poder.

Sus ofrecimientos eran tan halagüeños, que llegué hasta sospechar sino encubría tanta buena voluntad algún proyecto peligroso para mis amigos, lo que me decidió á emplear una brutal franqueza con él. Hé aquí nuestro convenio:

### “TRATADO SECRETO

Art.º 1.º—Los Generales Mora y Cañas vendrán á Nicaragua con el objeto de enganchar algunas tropas en los departamentos de Granada y Rivas.

Art.º 2.º—Martínez pondrá á la disposición de esos señores mil rifles con sus correspondientes municiones.

Art.º 3.º—Mientras tanto, ellos

procurarán promover un levantamiento en Guanacaste en favor de Mora, y dirigido por Cañas, que es allí muy popular.

Artº 4º.—Una vez desconocido el actual Gobierno de Montealegre, Mora encabezará el Gobierno de hecho local y pedirá oficialmente auxilio á Martínez y éste marchará sobre Liberia con mil hombres en auxilio de Mora.

Artº 5º.—Como garantía de fiel cumplimiento, Martínez nombrará desde hoy al señor Coronel Manuel Argüello (“El Renco”, nicaragüense) Gobernador civil y militar de los dos departamentos de Rivas y Granada, quien secundará en lo posible á los Moras.”



Lo único que no tenía Martínez, ó al menos que no quiso ó no pudo ofrecernos, fué dinero, pero nos garantizaba por la cantidad de catorce mil pesos que una casa americana (Russell and C<sup>o</sup>) nos prestaba con fuerte interés.

El Coronel Manuel Argüello ("El Renco") era cuñado del General don Fernando Chamorro, y como militar valiente era conocido en Nicaragua. Pariente mío, no muy lejano, fué siempre gran amigo de mi familia de Costa Rica; así es que me entendí con él á las mil maravillas.

Los señores don Pedro Zeledón y don Pedro Joaquín Chamorro me ofrecieron cuidar de nuestros intereses y mantene: á Martínez en e-buen camino.

Satisfecho de mi arreglo, retorné á Santa Tecla, y apenas podían

creer los Generales Mora y Cañas la buena fortuna que se les presentaba.

El Comité Central Morista había dispuesto un alzamiento general que debía efectuarse el 15 de Setiembre, para cuyo buen resultado era indispensable que los señores Mora y Cañas llegasen á Costa Rica y con su presencia animaran al pueblo. Para facilitar esa llegada se tomarían antes los cuarteles de Esparta y Puntarenas. Arancivia, un chileno que habitaba en Esparta hacía muchos años, era el jefe del asalto. Contrabandista célebre por su valor y osadía, era Arancivia, además, muy querido por su liberalidad y largueza con todos los que lo trataban. Mora y Cañas en Puntarenas, se harían fuertes con los soldados que del interior irían á reunirse con ellos, y de esa manera

se efectuaría el levantamiento en masa de San José y Alajuela. Lo que de gravísimo tenían esas noticias era que el llamamiento suscrito por más de sesenta personas de posición, principalmente de Alajuela, contenía en grandes letras subrayadas la siguiente conminación: "Si don Juan Rafael Mora y el General Cañas no llegan á Puntarenas en el vapor que lleva esta comunicación, á su vuelta, no por esto se suspenderá la toma de cuarteles de Esparta y el Puerto, y entonces, fracasará probablemente la revolución, y nosotros, sus amigos y partidarios, seremos sacrificados por el Gobierno de Montealegre. No esperamos que se nieguen á ayudarnos con sus personas; pero si así fuere, les quedará á Mora y Cañas el remordimiento de habernos abandonado. No se trata, pues,



de deliberar si vienen ó no. Deben venir *precisamente* á vuelta de vapor.”

Como se ve, nuestra situación era pésima. En vez de la entrada por Nicaragua, con fácil retirada en caso de mal éxito, lo dispuesto en San José era una jugada completa, vencer ó morir. Yo me opuse, secundado por Cañas, al desembarco en Puntarenas; pero el señor Mora era empujado por las circunstancias. Veremos primero lo que en Costa Rica se hizo para esperarnos, y luego contaremos lo que nosotros hicimos.



El comité revolucionario distribuyó más de veinte mil pesos, dando á cada hombre diez para que se pudiera trasportar á Puntarenas. De eso se robó las tres cuartas par

tes un sujeto que se fingía entusias-  
ta amigo de Mora y que se guardó  
más de doce mil pesos, que después  
aparecieron en casitas de alquiler. .

. . . . Todos saben á quién me refie-  
ro y cuáles son esas casitas: ¡que  
tenga siquiera el castigo de saber  
que su robo es conocido de to-  
dos. . . . .

Arancivia cumplió su cometido,  
tomando los cuarteles de Esparta y  
Puntarenas y un éxodo completo  
cubrió los caminos de soldados que  
con su fusil marchaban en busca de  
Mora. Era en Setiembre y el río  
Barranca, crecido, sólo podía pasar-  
se por la barea con el andarivel  
acostumbrado. Además del robo  
del dinero, uno de los altos jefes  
Moristas determinó vendernos al  
Ministro don Vicente Aguilar, avi-  
sándole de nuestra llegada y de to-  
do el plan revolucionario. ¡¡Qué la

tierra le sea dura, fría y vengadora del crimen que cometió!! Todos saben á quién me refiero; no lo nombro porque tiene familia muy honorable y honrada. La llegada nuestra á Puntarenas dejò, pues, de ser un secreto, y el Gobierno usurpador tomó sus medidas, arrestando á todos los sospechosos del interior.



Estaba Mora colocado en una posición desesperada, en que no se le dejaba la elección de los medios, ni del tiempo, ni aun siquiera la facultad de aprobar ó desaprobar el plan adoptado. Ó llegábamos ó no llegábamos el 15 de Setiembre, que el vapor tocaba en Puntarenas. No teníamos la elección de un medio término, porque no teníamos medios de comunicación para poder, por

ejemplo, decir: suspendan, esperen. O tomarla ó rechazarla: se adoptó.

Nos embarcamos, los dos Generales Mora, Cañas, un Coronel Sáenz, salvadoreño, y unos cuatro sirvientes. Al pasar por Corinto, el comandante del Puerto, creyendo que se realizaba el tratado convenido, se presentó á Mora, diciéndole que estaba á sus órdenes para lo que se le ofreciera. Estatuase se volvió cuando supo que no desembarcábamos allí y que íbamos camino derecho á la muerte.....

El vapor entraba el 15 á medio día al golfo. Puntarenas aparecía como una línea azul cubierta de banderas. Una embarcación se acercaba al vapor. Ostentaba el pabellón nacional y el Mayor Mora, ex Capitán del Puerto, comandaba la embarcación. El ancla baja pesadamente, y el buque permanece

inmóvil. Suben á bordo varios empleados que saludan con un "viva Mora" á los arribantes.

Desembarcamos, pues. Es difícil describir el entusiasmo y la alegría de los habitantes de Puntarenas cuando vieron á Mora y á Cañas. Algunas mujeres del pueblo lloraban y besaban las manos y aun el vestido de los arribantes.

Encontramos ya construída una fuerte trinchera en la Angostura, pues á consecuencia de la traición de que antes he hablado, el Gobierno sabía que llegaríamos, y lo sabía dos días antes del suceso, por lo cual tuvo tiempo de mandar una fuerza al mando del General don Pedro García, con el objeto de impedir que del interior vinieran adeptos nuestros.

Á pesar de todo, cada día llegaban cuarenta ó cincuenta hombres

de San Ramón, Grecia, Alajuela, etc., llevando cada uno su rifle y su bayoneta, pues se recordará que en aquellos tiempos las armas de la nación no estaban almacenadas, sino que el pueblo guardaba en sus casas el fusil que se le confiaba. Es decir, el pueblo estaba armado y sólo se le exigía que exhibiera cada primer domingo del mes sus armas para ver si las mantenía limpias y en buen estado.

Al principio todo fué confianza en el éxito y todo se nos facilitaba; pero desde el día siguiente comenzó á desarrollarse una serie no interrumpida de acontecimientos fatales contra nosotros. En efecto, eran tan inverosímiles é inesperados los golpes que nos asestó la fortuna, que al fin llegaron las gentes á creer que nuestra empresa estaba irremediabilmente condenada por el destino.

Relataré el principal suceso, el más inverosímil y el que más contribuyó al fracaso de la revolución; me refiero á la ligera lucha que dió por resultado la toma de la Barranca.



## EL RIO BARRANCA

Uno de los primeros cuidados de Cañas, que era el Jefe militar nuestro, fué colocar una fuerte escolta en el lado derecho del río Barranca, para impedir el paso al enemigo y facilitárselo á los amigos. Como se estaba en Setiembre, esto es, en lo más crudo del invierno, el río estaba crecidísimo, y esa circunstancia nos favorecía, porque teníamos la *barca* en nuestro poder. En esa

época no había puente, y el paso se hacía en una gran canoa ò barca, que se manejaba con un andarivel atado á una gruesa cadena de hierro que atravesaba el río.

La escolta que guardaba el paso y la barca la mandaba Arancivia, que era considerado como el Jefe más hábil y valiente, después de Cañas; así es que no hubo descuido en la elección del comandante del puesto.

Al día siguiente se presentó en el cuartel general el joven don Rafael Chavarría, valiente oficial que se hizo notar en la guerra contra Wálker. Entró riéndose, como era su costumbre, y nos contó que venía huyendo de la Barranca porque habían sido derrotados por fuerzas del Gobierno. No podíamos creer lo que oíamos; pensábamos que se chanceaba Chavarría; pero tuvimos



que tocar la triste realidad, pues repentinamente se puso furioso el mensajero y empezó á maldecir á Arancivia, contándonos lo siguiente: Había un centinela cerca de la barca y éste dió el alarma avisando que el enemigo estaba en frente. Así era; pero eran unos pocos soldados que asomaban al otro lado del río. Dió la casualidad que en la primera descarga de ellos cayera muerto nuestro centinela, y eso le produjo un pánico tal á Arancivia, que de un salto atravesó una cerca, y gritaba "Sálvese el que pueda! Estamos perdidos!" Cuál sería el temor de ese Jefe puede medirse por el hecho de que dejó un carriel, lleno de monedas de oro, colgado en un clavo del rancho donde murió el centinela. He dicho que Arancivia era célebre por su valor y osadía. Muchas veces se batió

---

solo con escoltas armadas y las hizo correr. ¡Qué fatalidad era la que repentinamente convertía en un cobarde á aquel valiente? Lo cierto es que nuestros soldados siguieron al Jefe y abandonaron el puesto. Chavarria quiso atajar y dar ánimo á los que iban huyendo; pero casi lo matan por tal motivo. Recordando ese valiente muchacho que el carriel lo olvidaba Arancivia, volvió al rancho y lo tomó, salvando esa suma á su dueño. De más de 30 hombres de que se componía la guarnición sólo llegaron á Puntarenas 5 ó 6, entre ellos el malhadado Jefe culpable. Cañas y yo opinamos porque fuese fusilado en el acto; pero Mora se opuso, cuando observó que Arancivia lloraba de vergüenza y juraba que se haría matar si se le confiaba una fuerza para volver á tomar el paso del río. Co-

mo era natural creer que deveras haría prodigios para recuperar su honor, le confiamos cincuenta hombres, ordenándole que inmediatamente partiera.

La fuerza enemiga se sorprendió al ver la facilidad con que nos derrotaba, y un mozo pasó decidido por la cadena, se apoderó de la *barca* y la condujo al lado izquierdo. Quedábamos nosotros ahora en la imposibilidad de comunicarnos con nuestros amigos y ya no pasó un hombre más de los miles que venían á encontrarnos. Además, la tropa del Gobierno pasó el río en la *barca* y se fortificó en toda forma. Cuando llegó Arancivia con su escolta ya encontró una fuerza respetable que lo esperaba. Al ver al enemigo mandó hacer fuego y atacar luego á la bayoneta. Nuestros pobres soldados fueron hechos pedazos por la

tropa del Gobierno, siete muertos y más de quince heridos, pues peleaban sin jefe. El maldito chileno apenas dió la voz de "fuego" emprendió una fuga más precipitada aún que la vez primera, atropellando todo lo que le estorbaba en su carrera. Aquello era verdaderamente vergonzoso. Un solo hombre no volvió á Puntarenas, con excepción de Chavarría, que volvía desesperado y furioso contra Arancivia. Este cobarde se apareció nuevamente después de cuatro días de andar huyendo, pero ya nadie le hacía caso, y tenía que ocultarse para que no lo castigaran nuestros soldados.

Estábamos, pues, definitivamente perdidos, porque no volveríamos á tener ni un hombre más de los que habían pasado ya el río! Más de mil llegaron del interior, y no pudiendo pasarlo regresaron.

Esto causó un desaliento general. Todos veían en la inesperada é inverosímil cobardía de Arancivia una fatalidad que anunciaba desgracias y desventuras parecidas. Por esa razón el entusiasmo y la alegría, que antes eran generales, se cambiaron en presentimientos de un triste y trágico fin para los jefes de la sublevación.

Otro suceso aun más terrible y desgraciado para nosotros fué el siguiente :

Una de las precauciones que se habían tomado para evitarnos una sorpresa, fué el reunir todos los botes, barcas y demás embarcaciones del Estero y tenerlos bajo guarda, de modo que no pudiera usarse de ellos sin nuestro permiso.

Un francés, Mr. Lefebre, que residía en el país hacía muchos años, ejerciendo el oficio de curandero, y

que tenía una especie de adoración por el señor Mora, se presentó al Estado Mayor, manifestándole que deseaba servirlo como criado. Se aceptaron sus ofertas y quedó cerca de Mora sirviendo las comidas y cuidando de la casa. Entre varias historias que nos refirió, una de ellas era un pleito que tuvo con el Juez de Paz de *Puerto Escondido*, caserío situado frente á Puntarenas, del otro lado del Estero. Tanto era el odio que Lefebre parecía tener contra el tal Juez, que juraba matarlo en la primera oportunidad.

Un día llegaron dos hombres de San Ramón y nos contaron que, obligados á pasar por *Puerto Escondido*, habían sufrido tales ultrajes del Juez, que tuvieron que escaparse de noche para no ser cogidos y enviados al interior, porque el Juez de Paz era un declarado

enemigo de Mora y espía y servidor del Gobierno de Montealegre. Además nos dijeron que habían visto cuatro ó cinco botes amarrados frente á la casa del Juez. Determinamos mandar una escolta para recoger los botes y traer al Juez á Puntarenas, pues en el estado de cosas existente aquel sujeto podía sernos muy dañoso. Cuando Lefebre oyó que se trataba de arrestar á su íntimo enemigo, se puso alegrísimo y suplicó á Mora que le permitiera el mando de la escolta que debía arrestar al Juez de Paz, su enemigo. Creímos que ninguno era más á propósito para desempeñar aquella comisión que Lefebre, porque su deseo de vengarse, por una parte, y su adhesión á Mora, por otra, le harían agradable un procedimiento peligroso y molesto.

Se le dieron un gran bote y do-

---

ce soldados. Esperamos su vuelta todo ese día. Al siguiente, ya un poco alarmados, pensamos que debía haber sucedido algo imprevisto y desgraciado que impidiera el retorno de los expedicionarios. En la tarde del segundo día determinamos enviar otra embarcación en busca de ellos, con una escolta más numerosa que la primera. Partió el segundo refuerzo, compuesto de diez y seis hombres, bien armados. No volvió tampoco. Ya nos costaba el bendito Juez de Paz dos embarcaciones y veintiocho hombres desaparecidos, que nunca volvieron.

He aquí lo que ocurría, y cómo el destino adverso se declaraba contra nosotros:

El funesto Juez de Paz, en los primeros momentos de la confusión que ocasionó el asalto del cuartel de Puntarenas, se apoderó de dos



botes y estableció en su casa una especie de ratonera. Avisó al jefe de la fuerza enemiga lo que pasaba y se puso á sus órdenes. Se le mandaron soldados de la Chacarita, con los cuales se apoderaba de cuantos incautos moristas pasaban por allí. Así es que cuando llegó Lefebre, ocultó á sus compañeros, y con traidora labia hizo entrar á los recién llegados á su casa, les ofreció de comer, haciéndoles colocar sus armas en montones y repentinamente dió la señal á su tropa, la cual cayó sobre Lefebre y tres ó cuatro de los nuestros, logrando escaparse los demás. Una vez arrestado su *grande* enemigo Lefebre, dió cuenta al General en Jefe, Blanco, y éste envió á un tal . . . . . Gómez, á la cabeza de cincuenta hombres, á Puerto Escondido. Gómez era un bandido, asesino de profesión, que nos odiaba por-

que lo habíamos castigado en tiempos anteriores. Se hizo la papelada de que iban á fusilar al francés, y una vez en el banquito, se le propuso darle la vida salva si declaraba con todos sus detalles la verdadera posición nuestra en Puntarenas; el pobre Lefebre se negó primero, pero creyendo que de veras se le ultimaría, juró decir la verdad y puso á Gómez al cabo de nuestra malísima situación, de las pocas fuerzas con que contábamos y del desánimo causado por la derrota de la Barranca. También le hizo conocer los lugares exactos donde á determinadas horas nos encontraría con seguridad, el malísimo armamento que teníamos y las voces y señales convenidas en los diferentes campamentos y puestos militares. Con la segunda escolta que fué en busca de la primera, se usó igual procedimiento y

los apresaron á todos. Estábamos, pues, perdidos sin remedio, y casi en poder de Gómez. Éste preparó la sorpresa que meditaba, y la noche que el ejército atacó nuestra trinchera, salí sigilosamente de Puerto Escondido á la cabeza de setenta hombres escogidos, en los cuatro botes que se nos habían desaparecido. Llegó á tierra sin ruido, desembarcó hacia la Galera y marchó á la casa donde dormía Mora. Éste habitaba el piso alto, y abajo estacionaba la guardia, compuesta de veinte hombres extenuados de vigili-  
as y malas noches. Salvador Guevara, el viejo heroico, que había sido toda su vida administrador de las fincas de Mora, mandaba esa guardia. Un centinela vigilaba la calle del Estero. Éste vió acercarse la fuerza de Gómez, y dió la voz de "¡quién vive!". Gómez contestó con voz extensa y

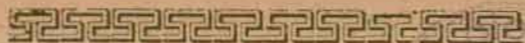
de confianza: "Mora y Cañas". El centinela no sospechó que tenía al enemigo enfrente, pues á cada rato pasaban escoltas nuestras por esa calle. Á pesar de eso dió la voz de alarma al jefe de la guardia, quien se adelantó á reconocer al arribante. En ese momento se iluminó la calle con la llama de setenta fusiles que descargaron á un tiempo sobre la guardia. Aunque murieron varios soldados en esa primer descarga, la valiente escolta se batió con desesperación y fué casi toda destrozada. El señor Mora, al ruido, sale á la escalera que da á la calle, y con un revólver en cada mano se defiende grada por grada en la escalera. Mas como era imposible oponerse á tantas gentes, se retiró por el lado opuesto y entró á casa del Cónsul inglés, Mr. Farrer, grande amigo suyo, y éste lo ocultó junto con el Ge-

neral José Joaquín Mora bajo el piso de su sala.

Cuando esto sucedía en Puntarenas, al General Cañas y á mí nos tomaba el ejército la Trinchera, después de dos horas de lucha y mortandad de ambos lados.

Así concluyó esa expedición, que sólo se efectuó por el compromiso en que á Mora pusieron sus adeptos, no dejándole la elección de los medios. En otros artículos contaré las consecuencias de nuestra completa derrota, por extenderse ya demasiado la presente relación.





VI

Condenado á muerte

—  
Ligera excursión en los campos  
de la historia patria

—  
INTRODUCCIÓN

—  
Morir es y será siempre el asunto más importante en la vida del hombre; pero morir á la edad de veintidós años, cuando la vida es una constante promesa, una continua esperanza y una perpetua sonrisa, es una crueldad del destino, apenas sufrible si tiene lugar

durante un combate, y en medio del estruendo de la artillería, y de la embriaguez producida por los cánticos y músicas marciales. Mas lo que es profundamente triste, y una verdadera ironía de lo que se llama el orden universal, es la suerte del hombre que en plena juventud es sorprendido por las Parcas en la soledad y la inacción, ó en el silencio de un calabozo.

Ambas situaciones puede comparar en una misma noche; pero, para la fácil comprensión de este bosquejo, es preciso echar una mirada retrospectiva hacia los acontecimientos que motivaron este drama de nuestra historia contemporánea.

## I

Cuando un Gobierno se compone de una ó más personas que gozan

de la confianza y de la simpatía del pueblo, los partidos opositores no atacan directamente á esas personalidades acorazadas por la opinión pública, y en su debilidad procuran derribar el árbol, no por su tronco sino por sus ramas, dirigiendo sus armas contra algunos desgraciados que no tienen esas ventajas. Esas armas en manos hábiles tienen un temple toledano; tales son la prensa y la palabra. Don Juan Rafael Mora era uno de esos hombres casi adorados por el pueblo, que no admitía la idea de que don *Juanito*, como cariñosamente lo llamaban, pudiera equivocarse, ni mucho menos hacer el mal conscientemente.

Era pues inútil atacar el ídolo. Pero luégo se presentó la primera víctima, predestinada á ser el blanco de las pasiones políticas. Al Licenciado don Mauro Aguilar, cuña-



do del Presidente Mora y hombre de grandes talentos y de vastísima instrucción, le tocó recorrer el primero ese calvario.

Aguilar, juriconsulto aventajado, era completamente nuevo en la práctica de la vida. Ignorante en el arte de forjar intrigas vulgares, y nada malicioso ni precavido, fué pronto el pasto de la oposición, que dirigida por hábiles *leaders*, dió en tierra con él é inutilizó á ese hombre que, tan buenos servicios pudo haber prestado á la Administración Mora y á Costa Rica.

Luégo aparecí yo, que acababa de recibirme de abogado en Guatemala. Aunque más duro para ser triturado por los enemigos de Mora, era sin embargo más sensible á sus golpes, tanto por mi extrema juventud (22 años), cuanto por ser sobrino carnal del Gobernante, y en rea-

lidad su hijo adoptivo y á quien yo le debía todo: educación, profesión y el cariño de un padre. Para él, pues, tenían que ser toda mi adhesión y toda mi gratitud.

Por ese tiempo ocurrió la reelección de Mora para la Presidencia de la República. Perdidas las esperanzas de obtener el poder por la vía legal de las urnas, la oposición se resolvió á conspirar, seduciendo (algunos dicen comprando, mas eso no me consta) á dos de los jefes militares que gozaban de la plena confianza de Mora; y esa traición fué el medio de que se valieron los aspirantes para derrocar el poder más suave y paternal que ha tenido Costa Rica.

Como era natural, yo sufrí como el que más los efectos de ese *pronunciamiento*, sin poder explicarme

el porqué de tanta saña, sino algunos años después.

Hay una sentencia árabe, creo, que dice: que los hombres valen tanto más cuanto mayor es el número de sus enemigos. Yo los tenía en centenares, sin motivos para merecerlo; y sólo así pude explicarme la aparente importancia y consiguiente persecución con que ellos me honraron.

Para cohonestar, pues, y explicar un atentado que no emanaba de la opinión general, sino que era el resultado de bastardas ambiciones, se redactó é hizo aparecer como expresión de la voluntad del pueblo un acta que contenía el seudo plebiscito que á la letra copio:

“REPÚBLICA DE COSTA RICA

Reunido el vecindario de esta ca-

pital en toda su plenitud con el objeto de poner remedio á los infinitos males que la Administración de don Juan Rafael Mora ha hecho pesar por tanto tiempo sobre la desgraciada República que le había confiado sus destinos, ya que la Divina Providencia, armando el brazo del esclarecido patriota don Lorenzo Salazar, ha roto nuestras cadenas y salvádonos milagrosamente de la abyecta esclavitud en que el opresor nos había sumido, acordamos y establecemos la siguiente acta, que se tendrá como la voluntad solemne de la Nación.

1.º—Se desconoce á don Juan Rafael Mora en su calidad de Jefe Supremo de la República.

2.º—Con toda la efusión del patriotismo rendimos al heroico Comandante en Jefe de las fuerzas de la República, don Lorenzo Salazar,

las más cordiales y expresivas gracias por el inmenso bien que nos ha hecho restituyéndonos nuestra usurpada libertad.

3º—Nombramos para Presidente provisorio al señor Doctor don José María Montealegre, á quien se confieren amplias facultades, mientras reunida la representación de los pueblos se elige la persona que debe desempeñar en propiedad este alto encargo.

4º—Para la completa tranquilidad de la Nación, el Presidente nombrado hará salir inmediatamente del territorio á los señores don Juan Rafael Mora, don José Joaquín Mora, don José María Cañas y don Manuel Argüello, á quienes, por lo demás, se concede toda clase de garantías en sus personas y bienes.

5º—El actual Congreso, como instrumento de la pasada tiranía, ce-

sa en sus funciones, debiéndose en consecuencia convocar una Asamblea Constituyente.

Hecha en San José de Costa Rica, á los 14 días del mes de agosto de 1859."

(Aquí signen las firmas.)

Héme allí colocado y convertido en un personaje histórico. Si mis mejores amigos y parientes hubieran soñado en un medio de elevarme en el concepto público; si yo mismo, en un raptó de loca presunción hubiera aspirado á tan altísima posición social, jamás habrían llegado mis pretensiones hasta esa cumbre donde mis malquerientes me colocaron con esa publicación.

En efecto: ¿cómo puede concebirse que á un muchacho de 22 años se le trate y considere al nivel de hombres tan superiores como los Generales Mora y Cañas?

¿De qué poderosos elementos disponía ese jovenzuelo, para que todo un pueblo se congregara en cabildo abierto para declarar que la salud pública exigía el sacrificio de su persona?

Sea como fuere, lo cierto es que para la historia de Costa Rica queda constando del modo más auténtico, como lo es una declaración pública en forma de plebiscito, que mi presencia aquí era un obstáculo insuperable para la reconstitución y consiguiente vida regular del país.

Y lo extraordinario del caso es que efectivamente se puso en práctica lo dispuesto en el cabildo abierto, y que se me hizo sufrir, no unos días, ni meses, sino años de indeterminado destierro. Durante cuatro largos años arrastré por extranjeras regiones la incurable nostalgia por todo cuanto en la tierra me era

caro. Quizás con una buena dosis de ambición habría encontrado un consuelo al mal de patria, en mi calidad de emigrado político, que en Europa es y ha sido siempre una patente de importancia que abre todas las puertas de la culta sociedad.

Todavía en el Viejo Mundo no se han familiarizado con la idea de zapateros y sastres proscritos por causas políticas, como es frecuente en Centro América. Allá es incompatible la nulidad personal con el ostracismo. Para que un gobierno se preocupe de un individuo hasta el grado de declarar impotentes las leyes comunes para ponerlo á raya, es necesario que ese individuo sea un ente superior ó que el gobernante sea del todo incapaz. Á eso equivalen las penas impuestas por el Poder Ejecutivo cuando aplica castigos no determinados con anterior-



ridad á los hechos que se juzgan.

Estaba, pues, en mi pleno derecho de insurrección contra un Gobierno de hecho, y con la obligación y la voluntad de acompañar á Mora cuando sus numerosos amigos lo llamaron á Puntarenas. Colocados fuera de la ley, que nos negaba su amparo y protección, se nos puso en la necesidad de prescindir de ella y de reconquistar, aun por la fuerza, una patria y un hogar.

Así es que cuando en 1860 miles de ciudadanos costarricenses nos llamaron con el objeto de apoyar un levantamiento general que se tenía dispuesto para el 15 de setiembre, nos presentamos sin armas y encontramos á Puntarenas y Esparta en plena fiesta y celebrando la vuelta de su legítimo gobernante.

Se ha pretendido en publicacio-

nes oficiales hacernos aparecer como invasores de la patria con fuerzas extranjeras. Falsedad inútil, porque nadie la creyó, é invención ridícula, porque nuestro desembarque se verificó en presencia de toda la población de Puntarenas. Basta decir que toda la expedición vino á tierra en el bote de la Capitanía. Éramos once personas, contando cuatro criados; don Juan Rafael Mora, don José Joaquín Mora, el General Cañas, un coronel salvadoreño, de apellido Sáenz, Clodomiro Montoya, Antonio Argüello y yo, todos desarmados. Ya la población había construído una trinchera en la parte más angosta de la Punta.

En vano esperamos el levantamiento ofrecido en el interior, pues un amigo traidor nos había delatado, y al Gobierno de Montealegre le fué fácil comprimir y desbaratar todas

las combinaciones de nuestros amigos, y quedamos reducidos á un puñado de leales y valientes partidarios, frente á un ejército de dos mil hombres.

La lucha fué corta, pero terriblemente sangrienta y llena de heroicos y sublimes episodios, que algún día reseñaré. Hermano contra hermano, de ambos lados se batían como leones, que al fin y al cabo los dos combatientes eran los vencedores de Rivas y Santa Rosa. Yo vi y maldije sin inculpar á su autor, el hecho de un padre que dirigía la mortífera bayoneta al pecho de su hijo entre los maderos de la trinchera.

A la misma hora que se verificaba el asalto de la trinchera, era sorprendido el señor Mora en su cuar-

tel general en Puntarenas. Su guardia, compuesta de veinte muchachos, había velado una semana y apenas podían sostenerse en pie de cansancio, de sueño, —y digámoslo de una vez— de tristeza y despecho al considerar el cúmulo inverosímil de fatalidades que se reunieron para dar el triunfo á la injusticia y á la traición.

El asalto decisivo se verificó el 28. Hubo más de 60 muertos y 100 heridos del enemigo y unos 50 entre muertos y heridos de nuestra parte, fuera de unas 15 personas asesinadas después del combate y fusiladas á sangre fría.

El General Cañas y yo abandonamos la trinchera cuando sólo quedaban algunos raros defensores, impotentes ante el empuje de los batallones enemigos, y corrimos hacia Puntarenas, creyendo la ciudad aún

en poder de los Generales Mora. Mas como, según he dicho, el ataque de ambos puntos fué simultáneo, en vez de amigos sólo encontramos una soldadesca embriagada con el triunfo y el licor, que para infundirles ánimo se les había distribuido. Resolvió, pues, el General Cañas asilarse en el Consulado colombiano, que en aquella época lo servía el señor don Juan Echeverría; y yo, desesperado porque creía que el señor Mora había perecido en la sorpresa, pues lo único que se sabía era que con su revólver defendió la escalera del hotel, y cuando agotó los tiros, desapareció, y nadie daba razón de su paradero; desesperado, digo, entré á la población sin darme cuenta de lo que hacía, y si no buscando, al menos despreciando la muerte. Pronto fuí reconocido por un oficia llamado Joa-

quín López, herediano, célebre por sus numerosos raptos y riñas con sus congéneres los vividores á lo don Juan Tenorio de aldea. Montaba un caballo blanco y parecía ébrio. Con la espada en una mano y un revólver en la otra, me mandó hacer alto y que dijera mi nombre. Cuando lo hube satisfecho, me disparó su arma casi á quema ropa. Yo hice otro tanto y las dos balas se cruzaron. La de López no me hizo caño alguno; mas la de mi revólver entró al cuello del caballo, que cayó herido sobre el jinete, prensándole debajo la pierna y el brazo derechos. El pobre oficial se dió por muerto, creyendo que yo lo ultimaría, estando en la imposibilidad de defenderse. Sin embargo, me suplicó queno lo matara, que hiciera esa buenaobra por el amor que yo tenía á Mora. Eso me in-

dignó más, siempre en el error de que mi querido padre adoptivo había muerto; pero López, que adivinó lo que pasaba, me juró que el Presidente estaba en el número de los vivientes, porque su cuerpo no había parecido en ninguna parte.

Era tanta mi alegría y el placer de esa noticia, que se me hizo simpático el tal Joaquín López y acabé por ayudarlo á desembarazarse del caballo, y rogarle me escoltara mientras encontraba al General Blanco. Con muy buena gracia hizo lo que le pedía y púsose tan agradecido que me aconsejó me quitara el gabán negro, el cual me delataba, atrayendo la atención de los soldados. Habríamos caminado unas cien varas cuando nos detuvo un gran tumulto, gritos, tiros y los alaridos de un moribundo, que suplicaba no lo hicieran penar. ¡Cobardes-

gritaba—tengan siquiera un poco de puntería; ¿no ven que sufro tanto? Era Manuel Aguilar, hermano de la esposa de Mora, e hijo del que fué Presidente de Costa Rica, Licenciado don Manuel Aguilar. Este valiente joven pertenecía á la guardia del Estado Mayor; lo sorprendieron durmiendo á la entrada del cuartel general y allí lo acribillaron á balazos; pero en vez de apuntarle al pecho ó á la cabeza, se complacían con tirarle á las piernas y brazos, y no fué sino al cabo de horribles sufrimientos cuando el mismo desventurado joven se apoderó de un revólver, que arrancó á un soldado que estaba cerca de él, montó el arma, se la acercó á la boca, y todo concluyó. ¡Bueno, bravo—gritaban unos soldados—; bien lo mereció el tal Manuel Argüello; más bien debían haberlo matado al nacer! ¡Oh, y así



por el estilo! Creían que el Manuel fusilado era yo.

Mi situación empeoraba cada minuto, como se ve, pues ya se me había asesinado *in anima vilis*. Según los soldados yo no existía ya. Adelante. Á la vuelta de una esquina nos detuvo el paso un grupo de oficiales montados. Á la cabeza de ellos venía el coronel don Luis Pacheco.

Al reconocermé, Pacheco se inmutó de tal manera que no pudo disimular cuánto le afligía y mortificaba la terrible posición en que yo me encontraba. Según la ley dictada expresamente contra nosotros, éramos condenados á muerte todos los que ayudábamos á Mora, y Pacheco debía fusilarme sin otra formalidad. Los oficiales que lo rodeaban le recordaban su deber, ofreciéndose para ultimarme. A pe-

sar de todo, don Luis, después de meditar un instante, cubiertos los ojos con el pañuelo, me alargó la mano, y con la expresión de cariño de un hermano me dijo rápidamente al oído: “¿Por qué no se ha ocultado ó huído, don Manuelito? Aun es tiempo, corra, salte, échese al Estero; yo haré que lo persigamos por otra dirección de la que tome; pronto, sálvese!” Yo le di las gracias por sus deseos; le manifesté el error en que estuve sobre la suerte de Mora; le rogué que me escoltara, procurando que no me mataran en el trayecto, mientras llegaba al lugar donde estaba Blanco, y le dije mis esperanzas, aunque muy leves, de que ese jefe me salvara. Á esto se prestó Pacheco gustoso, y me acompañó con sus ayudantes, llenándome de atenciones y buenas palabras. En el camino pedí á un o

ficial el fuego de su cigarro para encender el mío, y me lo negó, diciendo con risa sardónica, que los muertos no debían fumar, y que para él yo era un hombre muerto, ó lo estaría dentro de unos minutos. Pacheco se indignó tanto con el grosero oficial que no pudo contenerse y le aplicó un fuerte cintarazo con su espada. ¿Quién era ese miserable y cruel oficial? Lo ignoro, y jamás me he ocupado en averiguarlo; sólo sé que era de Cartago. La generosa y digna conducta de Pacheco me compensaba la cobarde acción del oficial mencionado.

Por fin llegamos á enfrentarnos con el General en Jefe. Mi destino se iba á resolver en unos diez minutos. Blanco venía montado y rodeado de su Estado Mayor. Además lo acompañaba el Vicepresidente de la República, don Francisco

Montealegre (1). Se ha dicho que el Gobierno, desconfiando de Blanco por sus relaciones conmigo, le había adjuntado ese personaje para que lo vigilara. Ignoro lo que en eso haya de cierto; pero sí lo era que nada de importancia resolvía el General en Jefe sin la anuencia de Montealegre. Al verme se dirigió á Blanco, y con una exaltación extraordinaria le gritó: "Qué se fusile en el acto á Argüello: yo me encargo de él"; y

(1) NOTA.—Don Francisco Montealegre fué siempre enemigo de Mora; pero era leal y franco en sus ataques. Hombre de primer impulso y de ardientes pasiones, no es de extrañar que esa noche apareciera cruel y vengativo con el autor de la que él se figuraba invasión armada contra el país. No hay que olvidar que para don Francisco era una realidad la leyenda inventada por mis enemigos, quienes me suponían una inteligencia depravada y diabólicamente empleada en dirigir por torcidos caminos al señor Mora y su Gobierno.

Los acontecimientos ulteriores comprueban este juicio. En efecto, algunos años después,



volviéndose á la tropa le decía á gritos: "Soldados, este joven es el alma maldita de los Mora. Ellos eran buenos y ese demonio los ha mal aconsejado; á él se debe el destierro del Obispo Llorente; él es el autor del decreto por el que se os despojó de vuestras tierras; si este malvado se escapa volverá á malquistarnos con las demás Repúblicas de Centro América y arruinará su patria para vengar á Mora, etc."

---

en 1863, siendo don Francisco Ministro de Estado y Vicepresidente de la República, por súplicas del General Blanco y don Teodorico Quirós, puso término á mi destierro que ya duraba más de cuatro años.

La primera visita que recibí al llegar á San José fué la de don Francisco. Después que ambos recordamos sin amargura ni rencor las cosas pasadas, me manifestó que su esperanza, al conseguir mi vuelta al país, era principalmente porque deseaba mi colaboración en las próximas elecciones para Presidente de la República. Temían don Francisco y el General Blanco que la lucha en las urnas electorales

---

Blanco, con los ojos bajos, pálido como un cadáver, escuchaba silencioso aquellas diatribas. Me di por muerto porque en el acto me ataron las manos, me pusieron una venda sobre mis ojos y me colocaron con la espalda á una casa que estaba frente á la que hoy es el Hotel de la Victoria, plaza del mismo nombre. Así vendado defendía yo mi causa y hacía ver á Blanco lo mal que procedía en rematar á un pri-

---

prolongara indefinidamente el malestar y la especie de guerra civil latente producida por los anteriores acontecimientos. En una palabra, proponía que los partidos renunciaran todos á trabajar por sus exclusivos candidatos y convinieran en colocar en el Poder un hombre nuevo, que no tuviera compromisos ni liga alguna con lo pasado, y tratara de implantar el orden y la tranquilidad en lo futuro.

Acepté como era natural, y ofrecí mi humilde labor en tan patriótica idea; sólo que yo creía imposible encontrar ese Fénix que necesitábamos. Pasamos algunos días en conferencias y una mañana llegó Blanco á buscarme con un

sionero que se rendía, vencido y desarmado. Grandemente impresionado el General, suplicó á Montea Alegre que no me ajusticiara; que ya se había derramado demasiada sangre y no había necesidad de más escarmiento. Al oír esto me soltaron los soldados, pero don Francisco no admitía la idea de que yo viviera. Hizo mil reproches al General Blanco, amenazándole con que sería juzgado en consejo de guerra

---

billetito de don Francisco, que sólo contenía estas palabras: "¿qué opinión tiene usted de don Jesús Jiménez?"

¡Aceptado, una y mil veces!—le contesté. Lo que me sorprendía más era por qué no se nos había ocurrido antes una idea tan oportuna. La elección se hizo por unanimidad. Los Montea Alegre, don Manuel Carazo, don Julián Volio, don Francisco Iglesias, el Doctor Castro y demás hombres del Poder se unieron con los vencidos moristas, dirigidos éstos por el que suscribe, y de ese modo comenzó la nueva era, ó nuevo *modus vivendi* actual.

Ahora cabría juzgar la Administración de

y castigado si no cumplía la ley de muerte conmigo. El pobre don Máximo se asustaba, bajaba la vista y picaba el caballo con la espuela para alejarse de aquel espectáculo; pero, seguro como estaba de ser fusilado si Blanco me abandonaba, salté al freno de su caballo y juré á mi antiguo amigo que no lo dejaría partir: que me asesinaran si él lo permitía, pero que fuera á su presencia para que mi ensangrenta-

---

don José María Montealegre y sus hombres; pero "aquí debe mi pluma suspender su curso y dejar á la historia imparcial el llenar las blancas páginas que mi tinta deja: ella absolverá lo que absolverse deba; justificará lo justificable, y condenará los ineludibles errores á que las pasiones políticas exaltadas, las circunstancias graves y excepcionales, la salud pública, y algunas veces la fatalidad, arrastran."

Sigamos adelante y digamos que lo que no tiene duda es que el trienio ó período presidencial que fué emanación pura de un patriotismo indudable, se debe á los hombres referidos y, mal que pese á quien pesare, en mucha parte á don



do cadáver lo persiguiera en sus sueños con eterno remordimiento de haber matado al amigo que había confiado en su amistad y en su justicia. Grande impresión le hacían mis reconvenciones; pero más grande era la terquedad de Montealegre. Por fin, en un momento de descuido por mi parte, me hicieron soltar las riendas del caballo, y en un ins-

---

Francisco Montealegre y al autor de estas líneas.

La historia dirá también si fué una feliz cooperación la que nos hizo gozar de 1863 á 1866 de uno de esos raros períodos de paz, de orden y reconstrucción política, verdadera tregua entre los partidos que se destrozaban mutuamente. Don Jesús Jiménez estuvo á la altura de la situación. Su imparcialidad, su justicia y su rectitud catoniana, hicieron posible la siguiente elección presidencial; Jiménez entregó á su sucesor, el Doctor don José María Castro, el depósito que el país le había confiado. Pluguiera al cielo que nosotros pudiéramos, cual Jesucristo, parar el curso del sol, y suspender la historia patria en ese año de 1866.

tante avanzó Blanco, dejándome atrás con mi cordial enemigo don Pancho. Cuando vi ya lejos al jefe, me resigné á morir, y yo mismo me adelanté al muro de la casita antes dicha. Entonces recordé lo religioso que es el pueblo de Costa Rica y me dirigí á la tropa diciéndole que me buscasen un sacerdote, con el objeto de ganar aún más tiempo.

En efecto, la soldadesca se negó á tirar sobre mí hasta que me confesara, y corrieron algunos á buscar un sacerdote. Diez minutos después me trajeron un enano con hábitos clericales. Era el padre Fernández, á quien llamaban el padre Enanito, fenómeno ridículo y sacrílego, que trajo el ejército en calidad de capellán. Al llegar se me encaró, y con el tono que debe de usar el diablo cuando está irritado, me apostrofó del modo que sigue: "Renegado,

bandido, ¿todavía no estás ardiendo en los infiernos? Me niego á absolverte, porque ya estás condenado"; y otras linduras por el estilo. Los soldados comenzaron á reirse y acabaron insultando al padre, y lo apartaron con las culatas de los fusiles. Entonces indiqué yo al dignísimo Presbítero don Antonio del Carmen Zamora, Canónigo de la Diócesis, nuestro capellán, que había venido á pie de San José á ofrecer al señor Mora su vida y sus bienes; mas no fué posible encontrar á ese virtuoso apóstol, tipo perfecto del sacerdote cristiano; y persuadido de que ya no podía evitar la muerte, me resigné y avisé á don Francisco que y a estaba listo. Vendado, esperé la descarga. Distinguí claramente la voz de mando que ordenaba:—"preparen, armas" . . . ; trascurrieron unos segundos; "apunten" . . . . qué

largos y eternos me parecieron aquellos instantes de espera . . . ! y aunque vendado y en profunda oscuridad, creía ver delante de mí los seis negros cañones de los fusiles. Por fin oí una como lejana descarga, y fué tal y tan fuerte la emoción ó golpe nervioso que sentí, que rompí la ligadura de mis manos y me bajé la venda . . . y ví al oficial que regañaba á la escolta porque no habían cebado las armas; esto es, los tubos dieron fuego, mas éste no se comunicó á la pólvora, que estaba mojada á causa de la llovizna que toda la noche había caído. Se metieron punzones en las chimeneas de los fusiles, se puso pólvora seca, nuevos tubos y nueva venda á mis ojos. "Preparen, armas . . . apunten" . . . y en vez de la descarga oí un gran tumulto, ruido de armas que chocan y órdenes en voz alta y enérgi-

ca. ¡Qué es esto, y por qué se prolonga mi agonía? ¡Gran Dios! Era ya el caso de exclamar, como Cristo en el huerto: "Apartad de mí este cáliz". Pero no fué necesario, pues ya el ángel de la muerte lo había apartado y en su lugar hizo volver al General Blanco á buscarme; pero ya no era el tímido y afligido amigo. Don Máximo había despertado de su letargo, recordando que él era y solo él el General en Jefe. Qué simpática, qué clara y qué varonil me pareció su voz cuando ordenaba: "No más sangre, ya se ha derramado demasiada", y con voz llena de cólera y en tono de supremo mando: "Bonilla, Salazar, Rojas—gritó—, apodérense de Argüello y condúzcanlo al cuartel de la Aduana. ¡Ay del que toque un pelo de su cabeza! Eso ordenaba á sus edecanes don Recaredo Boni-

lla, don Francisco Salazar y don Joaquín Rojas. Nunca olvidaré la alegría de esos jóvenes amigos míos, valientes, generosos y nobles corazones. ¡Cuántos individuos se salvaron de una muerte cierta, debido á su intervención!

Blanco me explicó después lo ocurrido. Cuando él se retiraba, dejándome entregado á mi íntimo enemigo don Francisco y á mi mala suerte, Bonilla y Salazar, que lo acompañaban, le reprocharon duramente su conducta conmigo y le suplicaron que volviera atrás y me salvara. A Blanco le sobraba siempre la buena voluntad, pero era naturalmente tímido, y le imponía la alta posición de Montealegre. Mas, cuando se sintió apoyado por sus edecanes, jóvenes de las mejores familias del país y muy estimados en la culta sociedad de San José,

cobró ánimo y la reacción fué instantánea. Ante esa voluntad firmemente manifestada, Montealegre cedió á su vez, y héme aquí cabalgando en las ancas del caballo de Salazar y á gran galope caminando para el cuartel de la Aduana ó de la Punta, cuyo comandante era Tata Goyo (Fernando Oreamuno). En el trayecto, los muchachos no hallaban que agasajo hacerme. El uno me dió un sorbo de cognac, el otro un hermoso cigarro puro, y hubo risas y suspiros al recuerdo de nuestras novias, contándome ellos los incidentes del último baile de Palacio, y las calabazas que el amigo Salazar había sufrido, y de las que se había consolado con otras más grandes y ruidosas. Para colmo de felicidad, me confirmaron ellos la noticia que me dieron don Luis Pacheco y López, de haber escapado

y estar ocultos y en seguridad don Juan Rafael Mora y su hermano don José Joaquín.

## II

Parecía que el destino se había cansado de asustarme y jugar con mis nervios, como el gato cuando suelta y vuelve á tomar el ratoncillo, y en una de tantas se escapa el infeliz de sus garras, encontrando un hueco seguro donde aquél no puede entrar y seguirlo. Así era mi caso. Entré en el calabozo con la idea de que ya esa vez no sería fusilado. Tata Goyo era un buen hombre, amigo mío, y tenía una consigna que ponía de acuerdo su deber y sus deseos de serme útil; pero todo eso eran ilusiones; lo más penoso y el



mayor peligro me estaba aún reservado para esa fatídica noche. Ya lo verán mis lectores.

Bonilla y Salazar me mandaron una apetitosa cena fría. Yo me moría de hambre, cuando oí que en el cuerpo de guardia preguntaban por mí.—De parte de don Recaredo—decía el mensajero—que le den á don Manuel Argüello ese plato y una botella de vino. Esperé, afilando como suele decirse mis dientes para devorar aquellos divinos manjares. Esperé y más esperé, y nada de cena; por fin di unos golpes en la puerta y dije al cabo que me pasara lo que me mandaba don Recaredo. . . . Nada. . . . una estrepitosa carcajada fué la respuesta. Entonces me fijé y oí el ruido de cubiertos y platos y la explosión de un tapón que salía de una botella. Miré por el hueco de la cerradura y

veo á tres ó cuatro soldados con los carrillos repletos de comida y los vasos que llenaban con el precioso líquido que tan mala jugada hizo á Noé después del diluvio. Los condenados cabo y soldados se repartían mi cena, y luego me dijo uno— el cabo—que la comida era dañosa para los que iban camino del sepulcro, y que era mejor que me esperara mientras los diablos disponían de mi cuerpo; etc.; y prorrumpieron en risas groseras y frases que ellos creían graciosísimas, en que me insultaban y se burlaban de mi apetito. De Cartago también era ese cabo, mas nunca he sabido ni querido saber su nombre. Decididamente Cartago me era fatal

Ahora paso á relatar el acontecimiento más extraordinario, casi inverosímil, tan rodeado está de hechos raros y de sorpresas increíbles.

Yo no soy fatalista; pienso que esa es la creencia más opuesta á la razón y al buen sentido; pero la madrugada del 29 me hizo dudar aún del sentido común, y casi fué para mí una evidencia de que, cuando el hombre no debe morir, esto es, cuando no ha llegado su *raya*, como vulgarmente se dice, no muere, aunque uno quiera morir. El lector pensará como yo, ó al menos, quedará en duda, si no está cansado de seguirme y todavía tiene paciencia de escucharme.

Vamos al caso. Había en Puntarenas un español de apellido Tapia, rico y de antaño avecindado allí; vivía en la última casa de la población, cerca de la Galera, y era uno de nuestros más encarnizados e enemigos. Todo el tiempo que ocupamos á Puntarenas no hizo más que mandar correos secretos al Gobier-

---

no, espíarnos y darle cuenta de nuestra situación. Nosotros no queríamos meternos con él, tanto por su calidad de extranjero, cuanto por haberle castigado ya un hijo suyo que insultò á nuestros soldados. Pero nuestra buena suerte hizo que uno de sus enemigos lo delatara, asegurando que tenía en su casa un valioso contrabando. Mora me encargó á mí de registrar la casa, y al efecto á media noche entramos á casa de Tapia, forzando la puerta, que él se negaba á abrir. Al Sr. Tapia ya no lo encontramos; pero sí hicimos un hallazgo maravilloso, porque nos proveía de lo que ya no teníamos. Habíamos acabado con los tubos de los fusiles y con la pólvora, y en una especie de subterráneo encontramos diez mil tubos y veinte barriles de pólvora, fuera de sesenta zurrones de tabaco, y otras

mercancías. Arrimé un gran bote á la casa, é hice trasportar todo eso al cuartel de la Aduana. Esto acontecía unos ocho días antes del asalto de la Trinchera. Llegados por el Estero á la Punta, mis gentes desembarcaron todo en diferentes lugares del edificio. Un soldado que traía un barril de pólvora, al entrar al cuarto destinado para su depósito, tropezó en el quicio de la puerta, cayó, y el barril rodó por el suelo, haciéndose pedazos. La pólvora se derramó en todo el cuarto. Esa misma pieza fué en la que me arrestaron el 29. Yo notaba un gran polvazal en el piso, pero se me había olvidado del todo la rotura del barril, por lo cual no tenía cuidado alguno y arrojaba los fósforos encendidos y las colas de cigarros en aquella mina.

Pensaba en mi perdida cena, cuan-

do entró al cuarto el sargento Blas Alpízar, veterano, hijo mayor de mi nodriza, que comenzó su carrera como tambor; ascendió luégo á tambor mayor, y de allí á sargento. Era un sujeto alto, flaco y tieso como una baqueta de fusil. Con una cara solemne y casi fúnebre se me acercó y me dijo que venía á despedirse de mí porque el consejo de guerra me había condenado á muerte y Blanco había ofrecido cumplir el fallo al rayar el sol; sólo tenía ya dos horas de vida. El pobre gigante lloraba al darme esa mala nueva y me trajo una botella de aguardiente “para que no tuviera miedo de la muerte”, me dijo. Traía en la mano un candil ó final de candela, sostenido en una candileja de lata. Me quejé de haberseme encerrado en una pieza llena de polvo. Al oír esto bajó la vista al piso para cerciorarse de

lo que yo le afirmaba; pero al ver que aquello no era polvo sino pólvora negra, con un resto de cigarro encendido sobre ella, fué tanto el espanto que dejó caer la candileja en el suelo; con la caída se volcó la candela sobre la pólvora y quedamos en una profunda oscuridad. ¡Vamos á volar, la pólvora va á prenderse, misericordia! gritaba el sargento, fuertemente agarrado á mí, en espera de la explosión. Confieso que yo también estaba ó quedé casi sin poder hablar del susto; pero pronto vino la razón á calmarnos, reconociendo que aquella pólvora estaba húmeda y si ya no había hecho explosión, no lo haría ahora que todo estaba apagado.

## III

## DE LAS 3 Á LAS 5

Estas dos horas que debieron ser las más amargas de mi vida, no lo fueron, sin embargo, y más bien se deslizaron en un bienestar relativo, suavizando casi el ansia de la espera. En efecto, dominado por el cansancio producido por ocho horas de combate, de agitación y de múltiples y terribles emociones, destrozado mi cuerpo, herido el corazón y desesperanzada el alma, un sueño profundo se apoderó de mí.

Apenas dormido reaparecieron en sueños las escenas sangrientas que acababa de presenciar, alternando con los más suaves y mágicos cua-



dros de mi infancia y de mis primaverales tiempos, que cual sombras disolventes de la cámara oscura desfilaban ante mi angustiada imaginación.

El primer sueño fué una reproducción exacta de la dramática y cruenta escapada de algunos de mis infelices compañeros de derrota.— Tomada la trinchera, corrimos, he dicho, hacia Puntarenas. El ejército vencedor nos seguía de cerca. ¡Ay del que era alcanzado! una muerte cierta le esperaba. Por ese motivo, un grupo de oficiales, perseguidos por un pelotón de caballería resolvieron arrojarse al Estero. Unos sabían nadar, otros no. Agazapado bajo un espinoso arbusto que me ocultaba á la vista de los vencedores, pude presenciar la siguiente escena que difícilmente la supera en horror ningún otro parto de ima-

ginación enfermiza. Encabezaba la fila José de Jesús Quesada, seguía-lo el entonces adolescente don Rafael Chavarría (hoy General de Brigada) y unos ocho jóvenes más. Al caer al agua no más, desapareció un muchacho, que por estar herido no pudo sostenerse y avanzar. Poco después, los tiburones suprimieron dos jóvenes que nadaban con un brazo, sosteniéndose mutuamente con el otro. Pronto alcanzó una bala de rifle á un desgraciado, que al sentirse herido levantó los brazos fuera del agua y desapareció. Para colmo de horror, el capitán Rogers, el valiente y honrado marino á quien se le encontraba siempre luchando por las buenas causas, Rogers, que fué nuestro Nelson en la campaña contra Walker y que hoy vegeta olvidado por la ingratitude republicana, Rogers, digo, mandaba

esa noche una lancha cañonera, encargada de atacar el flanco del enemigo, cumplía su cometido arrojando un huracán de metralla. La niebla y el humo de la pólvora le ocultaban la fila de prófugos que á todos los demás peligros añadían el de ser barridos por los cañones. Á los Manglares sólo llegaron cuatro de los diez que salieron huyendo de la trinchera.

A ese tétrico cuadro siguió en mi sueño uno de arte encantador y lleno de poésia. En vez del Estero, fué una de las más lindas decoraciones del antiguo teatro de la Ópera Cómica en París. Se representaba la ópera *Dinorah*. La prima dona *Gazaniga* cantaba la célebre aria del torrente. La escena pasa en Bretaña. Un espumoso riachuelo es atravesado por *Dinorah* sobre una viga. La pobre loca inconsciente bailaba

con su sombra proyectada por la luna, cuando se rompe el puente y cae al agua. . . . El *Pardon de Ploermel* se titula también esa ópera que hacía unos pocos meses había visto en París.

#### FIN DEL EPISODIO

#### *A las 5 de la mañana*

Recordé al sonar de los clarines y al batir de los tambores que tocaban la diana. Abrí la ventanilla de mi prisión y me deslumbró el paradisíaco paisaje que mis ojos contemplaron. Allá en lontananza, el azulado golfo de Nicoya con sus islas que parecen aves marinas reposando sobre las tranquilas ondas. Cerca de mí un paisaje terral, sombreado por grandes árboles, matizado de flores que mil pájaros picoteaban,

todo bañado en luz y armonía. ¡Qué sublime cosa es la vida cuando se boga en plena juventud y qué contraria con la suerte que me esperaba! *Al rayar el sol* sería fusilado, se me dijo, y el sol asomaba ya su ardiente faz, derramando promesas y esperanzas á todos, menos á mí... pero, algo nuevo sucede. Blas Alpízar, el sargento, me mira, ya no con su ceño fúnebre, sino al contrario, con cara de tambor mayor. ¡Atención! oigo las cornetas llamar á orden general... suenan pasos de muchos que bajan la escala que conduce al segundo piso, donde duerme el comandante Tata Goyo. En efecto, numerosas personas rodean á un jovencito blanco, alto, simpático y con unos ojos de una suavidad divina. ¡Dios mío, es Teodorico Quirós, mi mejor y más querido amigo que viene de San José, y cubierto aún

del barro del camino . . . . . entra al cuarto . . . . . lo estrecho en mis brazos, y él llora, pero me asegura que es de placer, pues me trae la buena nueva de que ya no seré fusilado! El consejo de guerra nos condena á muerte, pero suplica al Gobierno que nos commute la pena por la de extrañamiento perpetuo de la República. Así concluyó, paciente lector, uno de tantos incidentes ocurridos en esa fatídica noche del 28 de setiembre.

No será este episodio el último ni el único que reseñaré; mas sí os ofrezco que en los siguientes relatos no será cuestión de mi insignificante persona.

*San José, octubre de 1898.*

---

VII

Primer período de mando

DEL BENEMÉRITO

D. JESÚS JIMÉNEZ

*(De 1863 á 1866)*

---

Corría el año de 1862. Era en el mes de octubre. Tres años hacía que gobernaba el país el Doctor D. José María Montealegre. De éstos, el primer año fungió como Presidente interino, y sin más le yfundamental que la voluntad de su partido. En 1860 se inauguró el Gobierno constitucional, bajo una de las

---

cartas constitutivas más conformes con el derecho público universal, y sin duda alguna la mejor que hemos tenido.

No se puede negar también, que con excepción de su injusticia y manera irregular de tratar al partido morista, el Gobierno de Montealegre fué progresista, culte y correcto.

Así es que para los que no fueron, como nosotros, víctimas de su tiranía y su crueldad, la Administración Montealegre, que regentó al país de 1860 á 1863, no ha sido de las peores que nos relaciona la historia.

Combatida por los moristas, puede decirse que su primera y principal tarea fué la lucha contra las revoluciones que se sucedían sin interrupción unas á otras. Un décimo del país se ocupaba en someter los otros nueve décimos. Por



una persona del partido del Gobierno había nueve moristas; pero desgraciadamente sin jefes, pues no puede darse ese nombre al anciano don Manuel Mora, que el partido tomó como candidato á la presidencia á falta de otro mejor y atendiendo á su parentesco con D. Juan Rafael Mora.

Hoy que las pasiones, si no han depuesto sus armas, al menos no las blanden contra nosotros, ni hay intereses positivos que se opongan á dar un culto público á la verdad, yo pregunto á los que aún viven (que son muchos) y fueron actores en aquellos sucesos, ¿quién fué el verdadero Presidente electo en 1860, según el número de votos que aparecieron en las urnas electorales? No hay una persona que se atreva á afirmar que fuera Montealegre, pues sabido es que don Manuel

Mora obtuvo una inmensa mayoría de votos y que por la Constitución y la ley él debió ser el Presidente en ese período. Mas como los escrutadores y el elenco entero que manejó el procedimiento electoral, fué obra del partido Montealegre y aderezado á su imagen y semejanza, se quemaron é hicieron desaparecer las boletas en que estaban consignados los votos á favor de Mora (don Manuel), dejando una minoría para no llevar el cinismo maquiavélico á un grado inverosímil y que nadie habría admitido.

No un caballero, sino muchos de los más conspicuos de aquella época me han confesado con entera franqueza y lealtad las supercherías de que se valieron para escamotear la elección.

Con tal origen la paz y la concordia no podían ser atributo de la épo-

ca. Por eso se vivió durante cuatro años en medio de una conspiración permanente, y como resultado de ella, los destierros, los confinamientos y las prisiones.



Para la mejor comprensión de este ligero esbozo, se me permitirá una corta digresión, recordando la manera de ser de los partidos dominantes en 1862.

Para los moristas, el Gobierno era una agrupación homogénea y poderosa, por la riqueza, los talentos y aristocrática posición de sus miembros. Para humillar y deprimir á los vencidos siempre aparecían unidos. Mas no sucedía lo mismo en su íntima organización, y una sorda y perpetua división asomaba ya desde que murió el verdadero jefe de la

revolución, el señor don Vicente Aguilar, que sin disputa ha sido uno de los hombres más notables de aquella época. Aguilar, millonario (el único en aquellos tiempos) comerciante y agricultor en grande y en pequeño, parecía haber nacido para gobernar á los hombres; pero, sin ambición, y solamente ocupado en amontonar riquezas, quizás habría muerto en la oscuridad y en esa paz del alma que es la única dote que produce la felicidad sin mezcla, sino hubiera sido un malhadado pleito que sostuvo ante los tribunales contra don J. Rafael Mora, cuyos detalles y consecuencias he publicado en dos folletos que vieron la luz en 1860 y de que no me ocuparé ahora, á pesar de ser ese litigio uno de los principales motivos que produjeron la revolución del 14 de agosto de 1859, por no hacer



interminable este sucinto relato.

Muerto el gigante que mantenía con su capital, su energía y su talento la unión entre los enemigos de Mora, quedó el Gobierno compuesto: 1º del Doctor don José María Montealegre, Presidente; 2º de don Aniceto Esquivel, Ministro del Interior; 3º de don Francisco Montealegre, Secretario de Hacienda y 4º de don Francisco María Iglesias, Ministro de Relaciones Exteriores y carteras anexas. En las cámaras legislativas, en los tribunales superiores de justicia y en los demás empleos de importancia, fungían los demás miembros del bando dirigente.

En realidad, el Gobierno lo ejercían dos grandes familias y sus respectivos adherentes: la de los Montealegre y la de los Tinoco, impropia-mente llamado así este segundo grupo, pues que en realidad no existía

ningún individuo influyente de ese nombre.

La primera se componía del Dr. don José María, don Mariano, don Francisco y don Leopoldo Montealegre. El primero, jefe nominal de la República, pues mientras vivió Aguilar, él fué el verdadero jefe, y después lo fueron: don Francisco Montealegre, don Julián Volio, etc. Continúo la nómina de las personas que formaban la familia Montealegre y la de sus partidarios. Don Francisco era el hombre más importante de la familia en el terreno político, pues don Mariano jamás tomó parte ni se mezcló en nuestras disensiones interiores. Don Leopoldo, humilde y honrado ciudadano, se contentó con vivir oscuro y pobre, pero iluminando esa oscuridad con la práctica de todas las virtudes privadas y públicas.



Á este grupo pertenecían: don Manuel José Carazo y don Aniceto Esquivel. El primero fué una omnipotencia política y social. Con la figura y las apariencias de un humilde ciudadano, fué mientras vivió y hasta que el General Guardia entró al poder, el verdadero *leader*, el timonel del partido Montealegre; esto como consecuencia de su inmenso talento y perfecto conocimiento del arte de la vida, y por las relaciones de parentesco y amistad particular que lo ligaban con la familia Montealegre. Fué algún tiempo Ministro de Mora; y éste se habría perpetuado en el poder si le hubiera sido posible permanecer unido y en buena amistad con aquella potencia política. Su gran virtud, según unos, y según otros, su principal defecto, era una reserva tan completa y un ocultar perpetua-

mente sus verdaderos sentimientos y opiniones, de tal manera, que ninguna persona en este país pudo formarse un juicio cierto y exacto del carácter del señor Carazo.

La fuerza ó sea la espada de ese grupo era el General don Máximo Blanco hasta 1863, en cuya época se separó de él, como pronto veremos, para apoyar y sostener á don Jesús Jiménez contra los embates de sus antiguos amigos.

En anteriores artículos he dicho y repetiré: que Blanco, aunque de grado inferior al del General don Lorenzo Salazar, siempre lo supeditó en el aprecio y en las simpatías de amigos y enemigos. La fuerza armada en 1862 era dirigida por Salazar, General de división, como comandante general de la República. Blanco era General de brigada, y sólo era obedecido en un cuartel,



pues era el comandante del Principal. Pero tanto las clases dirigentes como las masas del pueblo se avenían mejor con Blanco, porque en realidad, pocos hombres he conocido más simpáticos que él, y era un amigo del soldado á quien cuidaba como á sus hijos. De allí provenía que en el campo de la política el subalterno Blanco tenía mucha más influencia que el jefe Salazar.

Veamos ahora cómo se componía y qué clase de personas formaban el grupo Tinoco

Por su cargo de Ministro, que lo fué al inaugurarse la Administración dictatorial de Montealegre, coloco en primer término á los señores D. Julián Volio y don Francisco María Iglesias. Segúíalos en importancia don José María Castro Madriz, el Gobernador don Ramón Quirós (a Redondo), el General don

Pedro García y una infinidad de aspirantes que los seguían con esperanza de medrar. La espada del grupo era el General Salazar.

El país entero (se entiende sin los moristas) seguía ciego á uno de los dos partidos antedichos, pero se acercaba el fin del período para que fué electo don José María Montea-legre y se temía una conflagración general con motivo de las elecciones. Esto á pesar del cansancio y de la sed de paz que todos los partidos sentían, y todos deseaban volver á la vida normal, á la vida de trabajo y de adelanto moral y material, en la lucha por la vida, los moristas tenían que hacer un esfuerzo supremo para salir del estado de parias en que los tenían los dos grupos dirigentes, y éstos temían una derrota en las urnas ó un levantamiento en maza de los moristas, que

ya en aquella época tenían un jefe (perdón por la inmodestia, pero la verdad ante todo).

El que estas líneas escribe había logrado á fuerza de disimulo, de reserva y de una labor de carbonero, organizar la resistencia primero y luego la agresión. Teníamos armas, dinero, brazos en millares y un colaborador precioso y competente, que era el bello sexo. Las mujeres todas, inclusive una mitad de las del enemigo, eran nuestras, pues las hijas de Eva siempre están del lado donde se sufre y se lucha contra la injusticia.

Esa peligrosa situación procuraron salvarla dos hombres: don Francisco Montealegre y el General Blanco.

Como los más grandes é importantes sucesos suelen tener por causa microscópicos y aún ridículos

motivos, se me permitirá la explicación de mis relaciones con Blanco.

En 1859 el infrascrito desempeñaba el puesto de juez civil en 1.<sup>a</sup> instancia de San José. Ageno á la política y casi ignorante de lo que pasaba á su alrededor, paseaba una tarde por las cercanías de la ciudad capital, montado en un mal educado rocinante. El General Blanco hacía lo mismo por casualidad y nos encontramos ese día; yo procurando domar mi caballo, él iba cabalgando en pacífica mula. Al ver mi peligrosa situación Blanco se desmontó y tomó mi cabalgadura por las narices, lo cual me dió el tiempo de desmontar y dar mis más expresivas gracias á mi salvador.

Volvíamos juntos para San José, cuando nos llamó la atención una preciosa finca sembrada de café nuevo y perteneciente á un señor Cas-

tro (rico agricultor del pueblo). Casi á un tiempo exclamamos: ¡qué riqueza, el que se adueñe de esa finca será rico y poderoso! . . . Sobre la marcha combinamos un proyecto de compra de la deseada hacienda. Mas ambos éramos pobres, Blanco sólo poseía la casa donde vivía y yo una entrada de mil pesos mensuales, pasajera y accidental. Fué, pues, convenido en que compraríamos la finca al *Nato Castro*, que la explotaría la casa Blanco y C<sup>ta</sup>, que él vendería su casita por la cual le habían ofrecido tres mil pesos é introduciría como capital suyo esa suma. Yo me encargaba del resto como socio capitalista. Blanco debía renunciar su destino de comandante del Cuartel Principal y pasarse á vivir y administrar el fondo de la compañía. Cuando pienso que si ese negocio se realiza, Blanco, eli-

minado como jefa militar, no habría sido posible la revolución del 14 de agosto de 1859.

Pero la fatalidad sabe muy bien lo que hace y se encargó del porvenir. El Ñato Castro, que conoció nuestro afán por hacer el negocio, comenzó por pedirnos diez mil pesos por la finca. Cuando habíamos logrado vencer las dificultades para conseguir la suma que al contado nos pedían, el Ñato exigía catorce. Exclamaciones, indignación de nuestra parte . . . pero . . . decididos á quedarnos con el inmueble, le dijimos que al día siguiente volvíamos con el dinero. En efecto, gozosos de nuestra buena fortuna y conductores del precio en oro entramos en casa del Ñato, cual vencedores que imponen condiciones . . . ¿Qué hizo el malhadado Ñato? . . . Devolvemos el dinero y declararnos que por me-

nos de veinte mil pesos no nos cedía su cafetal. Casi á un tiempo nos echamos Blanco y yo sobre aquel usurero que jugaba con su palabra y se reía de sus juramentos. Resultó que el Nato era físicamente más fuerte que nosotros y nos dió una paliza con ayuda de una hija que nos bañaba con agua caliente y de un niño que nos atizó un par de perros que determinaron el triunfo completo de nuestro adversario. Blanco y yo nos escapamos corriendo por entre campos y caseríos, atacados de un mal de risa inextinguible, y espiritual é inteligente como era Blanco, disparábamnos uno al otro una lluvia de calembours y de frases de doble sentido, que concluyó con una comida donde Froylig. He allí el origen de unos lazos que tanto influyeron en la marcha y en los resultados de

la política de este país. Por ellos no fué fusilado el 28 de febrero de 1860 en la Trinchera y por ellos se implantó la benéfica administración de don Jesús Jiménez en su primer período; á causa de esos lazos fué posible la elección del Doctor Castro en su segundo é intachable trienio de mando; por ellos la vuelta de Jiménez al poder de 1868 á 1870, y á causa de ellos la revolución del 27 de abril de ese mismo año. Y pensar que hay historiadores (por lo demás muy dignos de la gratitud nacional, porque de buena fe han consignado lo que han creído que era una verdad incóncusa) que, tomando por base los documentos oficiales describen y escriben la historia de hechos que no han existido y de fuerzas cuyo motor ignoraban!

Para concluir el examen de la situación en octubre de 1862, no de-



bo olvidar un factor importantísimo en aquellos dramas y comedias. Es el Doctor don Fernando Estrever, alemán, profesor de derecho y un verdadero pozo de ciencias sociales y políticas. De una figura bismarqueña, con un bigote á la Heldelberg y un corbatín negro que lo estrangulaba, siempre vestido de frac negro ó azul, manchado con grasa y mantequilla, de sombrero alto que parecía una chimenea de fábrica, el Doctor Estrever asombraba por la extensión de su saber y su entender. Escribía correctamente el español, el inglés, el francés y el alemán, y no hablaba bien sino este último. Hombre del foro, ante todo, y de la ciencia política y económica en seguida, era el intrigante más acabado y perfecto que he conocido. Vivía separado de su mujer manteniendo un verdadero

harem de notabilidades del *demi-monde*, llevando en una bolsa del frac un bollo de pan y un chorizo de Viena en la otra; dirigiendo pleitos judiciales que nunca le pagaron ni él cobraba y con un *furor* insaciable de intrigas, de poder y de amores livianos; pero que aún así resaltaba y se encumbraba sobre el vulgo del foro y de la ciencia, por su potente cerebro y una lealtad sin límites, por su consecuencia con amigos y enemigos, siendo inexorable con aquellos é incondicional perro de presa de los otros. Ambas cualidades las experimenté personalmente, pues fué mi instrumento durante la administración Mora y mi verdugo en la de Montealegre; quizás con razón. Y esto sin perjuicio de volver á ser mi instrumento en las tres administraciones que siguieron á Montealegre.

Guardia parece haber sido el muro que dividió el pasado con la actualidad, pues, que durante su período de mando, el Doctor Estrever cesó de ser una fuerza y se convirtió en una cantidad negativa. . . . En efecto, la locura, primero, y la muerte, después, en la tierra natal, puso fin á esa existencia accidentada.



Supongo al lector medianamente impuesto, por lo hasta aquí bosquejado, de la crítica situación del país en la época en que comienza este relato. En efecto, el porvenir se nos presentaba oscuro y lleno de sombras.

En este estado las cosas, se me presentó Blanco una tarde con un billete escrito todo de letra de don Francisco Montealegre, en el cual

me proponía que nos reuniéramos los tres en el lugar que tuviera á bien indicarle. Por supuesto que acepté la indicación, señalando la casa del señor Ministro para la conferencia cuyo objeto me esbozó ligeramente Blanco.

Reunidos en casa de aquel, me dirigió poco más ó menos la exposición de los hechos y me hizo la proposición que en nota al artículo "Condenado á muerte" se publicó en *El Herald* de San José y puede verse coleccionado en este volumen.

Se trataba de poner fin á las divisiones políticas que habían despedazado el país en los últimos cuatro años. Y aunque no fuera más que de un modo accidental, de olvidar nuestras rencillas y ponernos de acuerdo en la persona que debiera regir el país en el próximo período

pr sidencial de 1863 á 1866. Estaba el partido gobiernista decidido á ceder parte de sus ventajas, si nosotros los moristas, hacíamos cosa igual. Proponían, pues, que buscáramos un hombre nuevo, que no se hubiera pronunciado de un modo apasionado y parcial en favor ni en contra de ninguno de los partidos militantes.

Acogí con placer una iniciativa cuyos resultados seguramente serían más favorables á los moristas, que tenían pocas ventajas de que renunciar; mientras que el Gobierno disponía de todos los elementos de fuerza, menos el que constituye el número. La gran dificultad estaba en encontrar ese fénix que no hubiera pecado ó que sólo lo hubiera hecho de un modo venia! y que diera garantías á los dos bandos combatientes.

Nos separamos satisfechos de habernos ocupado de una obra meritoria y con la convicción cada uno de los tres actores, de que todos procedíamos de la mejor buena fe y sin segundas miras.

Confieso que durante tres días en que me ocupé en busca del fénix, fué inútil mi tarea, porque no encontré cosa que lo valiera; mas en la noche llegó á casa el General Blanco sin saludarme ni pronunciar otra frase que la palabra *¡Eureka!* con una grande emoción y un aire de placer y de contentamiento extraordinario. Yo salté de mi silla y pregunté á Blanco: ¿cuál era el feliz mortal que no había pecado en los cuatro últimos años? El Licenciado don Jesús Jiménez, me contestó!!... Al oír ese nombre y al recorrer ligeramente en mi memoria la vida política del señor Jiménez sentí uno

de los más grandes placeres de mi vida, porque aunque en realidad el señor Jiménez algo intervino en los comienzos de la Administración Montealegre, su conducta fué tan justa y correcta, que lo obligó á separarse del Gobierno agresor y volver á la vida privada.

Esa misma noche fué arreglado el asunto. Se convino 1º En que gobiernistas y moristas adoptáramos como candidato á la Presidencia de la República al señor Jiménez; que con ese fin los electores serían escogidos de común acuerdo de modo que una mitad fuera morista y la otra gobiernista; que para el futuro próximo Congreso se elegirían indistintamente como diputados y senadores á las personas más conspicuas de uno y otro partido, etc.

Es indecible el estado de calma, de reposo y tranquilidad y de bien-

andanza que se siguió á nuestro arreglo.

El Doctor Jiménez vino por casualidad á una función dramática que se representaba en el teatro que fué de Mora y que entonces se titulaba "Teatro Municipal." . . . . debilidad que no nos es exclusiva, pues la culta, la civilizada Francia hace lo mismo con el nombre de sus calles, plazas, parques y monumentos nacionales que se intitulan *reales* cuando gobierna un Borbón, *imperiales* cuando la batuta la maneja un heredero del Gran Napoleón, y *nacionales* cuando impera la República . . . . ¡Miserias de los ricos! . . . . ¡Puqueñeces de los grandes! . . . . . Decíamos que el señor Jiménez asistía á la representación, vestido con gran sencillez, sin pretensiones ni aparatos . . . . sin embargo, al entrar al parterre el simpático disci-



pulo de Esculapio, todos los asistentes se pusieron de pie....de los palcos, un movimiento de pañuelitos blancos que flameaban manejados por las pulcras manos de jóvenes beldades, anunciaban ya las amigas que jamás abandonaron á aquel hombre de paz, de concordia y de patriotismo á outrance! La orquesta, sin que nadie lo ordenara, ejecutaba el himno nacional, indicando así que aquella humilde y simpática figura representaba el porvenir de la patria! Oh tempora! Lo que faltó fué un Josué que hubiera ordenado al sol que detuviera su eterna marcha...! y eternizara aquella situación!!



El día 8 de mayo de 1863 tomaba posesión de la silla presidencial

el señor Jiménez. Montealegre bajó del solio, al parece: con semblante placentero y satisfecho. Lo cierto es que el pueblo hizo una ovación á los dos funcionarios: al entrante y al saliente, y quedó así inaugurado un período de mando que no me cansaré de recordar con placer. Mi amor propio quedó satisfecho por haber contribuído á aquella obra que cerraba la puerta de Jano revolucionaria y nos prometía largos años de paz y de progreso.

Cuando nos creíamos á mil leguas de distancia de una revolución, asomó en las Cámaras legislativas la desencajada faz de la discordia. Esto, antes que un trimestre hubiera trascurrido desde la toma de posesión, del mando del señor Jiménez.



La división apareció vestida con un traje que la disfrazaba. "Incompatibilidad" se llamó á la causa de la discordia. El Gobierno sostenía que era incompatible el cargo de Representante y Senador con el de funcionario subalterno del Poder Ejecutivo. La Constitución así lo declaraba terminantemente. Sin embargo, tanto don Napoleón Escalante, el orador de la oposición, como otros varios diputados y senadores, eran simultáneamente miembros de las Municipalidades y empleados subordinados del Gobierno. Estos sostenían lo contrario, y se negaban á dimitir uno de los dos cargos, infringiendo así la ley fundamental.

¿Qué otro camino quedaba al Poder Ejecutivo que el que tomó, decretando la disolución de las cámaras rebeldes? ¿Podían continuar funcionando uno frente al otro dos Poded-

res que se combatían, estorbando el Legislativo y haciendo nugatorias las medidas del Poder Ejecutivo?...

Los teóricos, ó como los llamaba Napoleón el Grande los idealistas, que los hay en filosofía como en derecho, y aún en la guerra y en el amor, condenaron el procedimiento del Gobierno, que por cierto no era nuevo. Un antecedente honrosísimo para su autor nos lo presentaba la historia, y fué el célebre decreto de Mora, firmado en su hacienda de *Frankfort de Las Pavas*, en que disolvía el Congreso por razones parecidas y al alcance de todas las clases. En ambos casos los dos gobernantes que así procedían, no trataban de independender ni de gobernar á su voluntad y sin el contraste de una representación nacional, puesto que la misma ley que destruía unas cámaras ilegales, llamaba á las ur-

nas electorales al pueblo soberano á quien dejaban árbitro de su conducta y nombraban supremo juez de sus acciones.

Así fué que lejos de improbar el procedimiento del Ejecutivo, el pueblo con hechos aprobó la conducta de ambos gobernantes, nombrando en lugar de los representantes prevaricadores, nuevos y legítimos legisladores independientes y no tachados de la *peste* de incompatibilidad de funciones.

Si algunas medidas administrativas han sido populares y adoptadas por la casi unanimidad de los electores y contribuyentes costarricenses, han sido las dos disoluciones del Congreso ordenadas por Mora y Jiménez respectivamente, en 1852 y 1863. Serenatas, bailes, versos y frecuentes ovaciones hechas á los autores de tales disposiciones, demostraron

lo justo y lo conforme á la opinión pública reinante que fueron aquellos decretos.

El nuevo Congreso se componía de moristas y sobre todo tinoquistas, ó sea amigos del Doctor Castro, quien tuvo la habilidad de aprovecharse de aquel lance para poner los fundamentos de su segunda administración.

La incompatibilidad ó pretexto para combatir al gobierno ¿de quién era obra y quiénes eran sus combatientes? El partido Montealegre. ¿Quiénes sostenían al Gobierno? Los moristas y Tinocos, ó sean Iglesias, Volio, Castro, García, etc., cuya influencia naturalmente prevaleció contra la de los autores de la compatibilidad. Desde ese momento, este último grupo siguió unido al morismo y el otro se separó y aún ensayó algo, como una conspiración

q' murió al nacer por falta de elementos. ¡Quién no recuerda con placer, y nosotros con orgullo, el fenómeno nuevo y desconocido de un pueblo armado que al saber la exacción que se operaba en el Gobierno manifestaba sus simpatías y su credo abandonando á la esposa y á los hijos desde que anochecía para llegar á la morada presidencial y humildemente pedir permiso de escoltar á Jiménez? Alguna noche era tal el número de voluntarios que velaban por la seguridad de la vida del señor Jiménez que no hubo suficiente espacio en los corredores y patios de la casa del Presidente. Al amanecer, sin esperar una señal de gratitud ni otra noticia que la de estar sano y salvo el Presidente, se marchaban los moristas á sus respectivas habitaciones á continuar sus tareas agrícolas.

Don Jesús Jiménez que comprendía el alcance de tales manifestaciones, llegó á derramar dulces y ardientes lágrimas de gratitud y de íntima satisfacción por lo que significaban aquellas muestras de adhesión desinteresada y de lealtad caballeresca.



Un terrible é inexplicable acontecimiento interrumpió por pocos días el bienestar general. Fué el incendio del palacio presidencial.

En efecto, Jiménez habitaba la casa de don Francisco María Iglesias (actualmente Palacio de Justicia) aún no terminada más que en el ala ocupada por el Presidente y su familia.

Una noche fué sorprendida la familia por el intenso calor que sen-



tían en sus dormitorios. Don Jesús salió á medio vestirse á averiguar la causa de tal acontecimiento y pronto volvió con el espanto y el horror que naturalmente debía causarle el espectáculo de una inmensa hoguera que avanzaba sobre sus habitaciones. Se ocurrió á la policía, á las bombas, . . . inútil tarea, el agua faltaba en las acequias, una mano artera había secado las corrientes de agua, y derramando grasas y canfín sobre los techos y cielos de madera.

A esas horas se reunieron más de diez mil personas que pretendían ayudar al simpático gobernante á salvarse de aquel peligro imprevisto é inexplicable.

Nuestro apreciablesimo amigo don Ricardo Jiménez, de cuatro años de edad, fué trasportado esa noche en brazos de la gratitud nacio-

nal á un albergue momentáneo.

Al día siguiente sólo aparecieron las cenizas de lo que fué un palacio de ladrillo, de piedra y de cedro. ¡Qué cada uno haga los comentarios del caso. A nosotros nos basta saber que fuímos de alguna utilidad al elegido del pueblo!



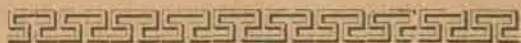
El Ministerio de Jiménez era compuesto del señor don Francisco Echeverría, de Hacienda; del señor don Juan Ulloa, del Interior y Policía; y de don Julián Volio, de Relaciones Exteriores y carteras anexas.

En mi artículo "Elección del Dr. Castro Madriz á su segundo período de mando", publicado en *El Figaro*, y que seguirá al presente, he descrito el fin de esa benéfica ad-

ministración y el aparecimiento del nuevo sol que debía alumbrar la siguiente época administrativa.

Si mis recuerdos me indujeran en error, espero me sean tenidas en cuenta, en cualesquiera faltas de exactitud, la buena fe con que arrostro el difícil papel de testigo presencial de hechos importantes, pero que han tenido lugar treinta y cinco años hace, y que, por consiguiente, puedo al relatarlos, incurrir en alguna confusión de nombres, de fechas ó de personas, que no me las echarán en cara sino es en el caso de voluntario apartamiento de la verdad.





## VIII

### Elección del Doctor Castro

---

He dicho en otro artículo que el benemérito señor don Jesús Jiménez vino al poder como resultado de una transacción de los partidos, y que él correspondió ampliamente á nuestras esperanzas. Mas la dificultad volvía á presentarse al concluir su período, y á los moristas les era necesario aún otro lapso de tres años regentado por un amigo, ó al menos por uno que no fuera ó hubiera sido enemigo de ese partido, porque todavía existían sujetos recalcitrantes que se empeñaban en

mirar á los pobres adeptos de Mora como parias desheredados que no merecían gozar de los derechos que ellos disfrutaban. La reelección del señor Jiménez no era posible, tanto porque él no la deseaba, cuanto porque le habrían hecho una guerra encarnizada los amigos del Doctor Montealegre. Y como esa era una familia poderosa, acaudalada y que gozaba de muy buena aceptación en el país, tenía bastantes amigos, también ricos, inteligentes y con influencia en el pueblo. Preciso era, pues, buscar en otra parte. Los partidos en aquella época podían clasificarse así: Moristas, Montealegristas y Tinoquistas también nombrados Iglesiasistas, porque componían este último grupo el Dr. Castro, D. Francisco María Iglesias, D. Julián Volio, D. Ramón Quirós, D. Pedro García y sus numerosos adhe-

---

rentes, entre quienes había grandes capitales y talentos de primera orden. Los Moristas formábamos la gran mayoría, pero carecíamos de inteligencias y de hombres ilustrados. Como se ve, los tres bandos eran más bien grupos unidos no por las ideas sino por las personas, y por eso ninguno se engalanaba con el nombre de liberal, democrático, republicano ni cosa parecida; todos éramos semi-liberales ó semi-democráticos y republicanos en la forma. La verdad es que el pueblo tan sólo aspiraba á vivir en paz, bajo un gobierno que le garantizara la propiedad, la vida y la tranquilidad, y los jefes de los partidos lo que querían era mandar cada uno con exclusión del otro. Triste es esta verdad, pero es lo cierto, y poco más ó menos ese modo de ser es el de las de-

más repúblicas latino-americanas.

En la agrupación Tinoquista, había un hombre ilustre por su saber, que había gobernado el país y había estado siempre al frente de toda iniciativa de progreso y de adelanto. Vástago de una noble familia, el Doctor Castro, enemigo de Mora por ser ambos rivales en la consideración pública, era en el fondo un poderoso elemento contra el Morismo, pero en la forma irreprochable, cortés y atento con todos. Procuraba conseguir sus fines sin herir la susceptibilidad de sus contrarios: lejos de eso, fué justo y equitativo con los que le habían ofendido y fácil para olvidar las injurias que sus enemigos le prodigaban. Para mí, personalmente, fué un amigo servicial, simpático y sincero. El Gobierno determinó confiarle una importante misión á Bogo-

tá para arreglar la cuestión de límites con Colombia. Mientras él nos representaba y conseguía un tratado ventajosísimo, nosotros lo adoptábamos como candidato para Jefe de la República en el período que comenzaba el 1º de Mayo de 1866, en la convicción de que era el hombre más á propósito para acabar de cicatrizar las heridas de una tan larga guerra civil.

No era una fácil empresa elevar al Supremo Poder al Doctor Castro. Varios inconvenientes tenía el proyecto. Sea el primero, su pasado político. En efecto, su primer ensayo en las altas regiones de la política lo hizo el Doctor cuando era aún muy joven é inexperto, por lo cual tuvo que cometer involuntarios errores que le procuraron grandes odios. Tal fué el desarme de Alajuela, fingiendo una revolu



ción que no existía, por medio de un señor Aqueche. Este paso le enajenó la afección de los habitantes de esa provincia. La segunda dificultad que se nos presentaba era la resistencia indudable que á esa elección opondría la familia de Montealegre y adherentes. La tercera, y era la principal, provenía de lo mal querido que era el Doctor por el General Blanco, Comandante del Cuartel Principal, y sin cuya venia no se hacía nada en Costa Rica.— Parece increíble que un militar con un cargo relativamente subalterno tuviera tanta influencia; pero así era. Durante muchos años los gobernantes se hicieron y deshicieron á voluntad de los cuarteles.— Algunas veces los jefes militares apoyaban ú obraban según la opinión pública; pero otras sólo atendían á sus personales inte-

reses. En la época á que me refiero, dos Generales eran los árbitros de la situación: el General Salazar y el General Blanco. Este último, aunque de grado inferior y de mando más subalterno, era, sin embargo, mucho más influyente que Salazar, porque en la vida privada era muy estimado y servicial. De una simpática figura y de muy buena presencia, era también respetado y querido por los soldados y oficiales del ejército. Así, pues, contra la voluntad de Blanco no era posible que triunfáramos en el campo electoral. He aquí por que he dicho en anteriores relatos que la elección del Doctor Castro á la Presidencia en su segundo período fué en gran parte obra mía. Lo era porque yo logré convencer á Blanco haciendo que nos secundara en nuestro empeño, lo cual hizo de mala

gana y protestando contra la idea. Lo que más alejaba á Blanco de Castro era la opinión que aquel tenía de que el Doctor Castro era un magnífico amigo en lo particular, pero que desde el momento que ascendía al Supremo Poder abandonaba á sus amigos por ganarse á sus enemigos.

Un elemento utilísimo, aunque aparentemente de poco valor, fué el Doctor Estreber, quien tenía la confianza de Salazar y era encargado por mí de mantener á ese Jefe en el buen camino; además, la actividad y laboriosidad de ese hombre son proverbiales.

Los principales colaboradores en el trabajo electoral lo fueron: el Doctor Figueroa (don Eusebio), don Manuel Alvarado, General don Pedro García, Licenciados don Gregorio y don Jacinto Trejos, don Ma-

nuel Antonio Bonilla y sus jóvenes hijos don Félix, don Celim, don Adolfo, don Manuel y don Aquiles; los señores Pinto, don Camilo Esquivel y algunos otros, no muchos, cuyos nombres no recuerdo ahora; pero que se irán conociendo en el curso de esta relación.

Se decía que el General Salazar habría querido colocar en la curul al señor don Aniceto Esquivel, de preferencia al Doctor Castro; pero que no encontró el apoyo necesario. De otra parte, se susurraba que el Gobierno, presidido por el Beene-  
mérite don Jesús Jiménez, deseaba dejar en su lugar a! Licenciado don Juan Ulloa. Con ese motivo, me avoqué con el primero y me dijo que en realidad, el hombre que él creía más á propósito para sucederle en el poder, era el señor Ulloa; pero que no daría paso alguno en ese

sentido porque su voluntad era dejar completa libertad á la Nación para que eligiera su jefe. Me dijo también que aunque él estimaba mucho al Dr. Castro, se abstendría enteramente de ayudarnos á su elección, pero que contáramos con todas las garantías legales en nuestro empeño. Conquistado Blanco, y dada la abstención del Presidente Jiménez, que coronaba su honrada administración con ese decoroso proceder, nos restaba buscar los medios de vencer al partido Montealegre, que no era de despreciar. Es de advertir que al dar el nombre de Montealegre á esa numerosa agrupación que distinguíamos con esa bandera, no es porque alguna persona de ese apellido encabezara el partido, sino porque así clasificábamos á los que querían elevar á la Presidencia al Doctor don Francisco Montealegre, pues ni este

caballero pretendía el cargo ni el Dr. don José María se ocupaba de política, y don Mariano Montealegre nunca intervino, ni se mezcló en nuestras contiendas.

Pues bien, lo que nos evitó una lucha que pudo ser peligrosa fué el desdén con que vieron ellos nuestros proyectos, por una parte, y por otra, su incredulidad y desconfianza en la buena fe de don Jesús Jiménez. Lo primero provenía de que suponían un imposible la elección del Doctor Castro sin la auencia de Blanco, y ellos ignoraban la conquista que yo había hecho. Además, la consigna de los nuestros era ocultar el hecho de ser Blanco nuestro colaborador, para adormecer al partido Montealegre.

En agosto de 1865, en tiempo que no se hablaba aún de las elecciones, circuló en todo el país una tar-

jeta de invitación cuyo contenido era, poco más ó menos, el siguiente: “El Comandante militar y los principales vecinos de la provincia de Cartago invitamos á U. á un baile q’ se dará en el Palacio Municipal dedicado al Regente de la Corte Suprema de Justicia y estimadísimo candidato nuestro, Doctor don José María Castro, para desempeñar el próximo período presidencial; firma: General don Pedro García. No se ponen las demás por ser muy numerosas.”

Un eclipse total de sol no haría más efecto que la conmoción que esa circular causó en todas partes. Los mismos vecinos de Cartago ignoraban cuáles serían los demás firmantes de esa invitación. En San José, Heredia y Alajuela no tenían motivos para dudar de la autenticidad de las firmas, tanto más cuanto que nadie

protestó contra la aserción de ser el Doctor Castro el candidato adoptado, y no hubo protestas porque aunque cada uno sabía que él no era partidario de Castro, ignoraba si los demás lo serían. Además, puesto que no los nombraban, no había necesidad de contradecir y . . . tan descansada y tan fácil como es la inercia y . . . ¿para qué hacer alborotos? etc. Lo cierto es que el baile estuvo suntuoso y alegre y abundaron los brindis al "querido candidato" allí presente, quien prodigaba buenas palabras, dulces promesas y fuertes apretones de manos.

En el partido opuesto produjo un verdadero mal de risa el baile y no acababan de ridiculizar la invitación, los brindis y las promesas. ¡Bravo! Ojalá sigan riendo, decíamos nosotros. Que Dios los conserve en su santa hilaridad.



Así trascurrieron cuatro meses. En diciembre nueva circular en estos términos: "La provincia de Heredia á su respetado candidato el Dr. don José María Castro dedica el baile, etc."

Por supuesto que á cada fiesta de esas llegábamos en masa los josefinos y . . . no escaseábamos promesas. Al uno se le conservaría en su importante destino. Al otro se le avanzaría ó se le aumentaría el sueldo. Cada persona que conversaba con alguno de los propagandistas quedaba encantado y deseando que se acercara la época deseada, pues casi siempre les contábamos las buenas ausencias que de ellos había hecho el Doctor Castro, aunque jamás se hubiera acordado de tal persona.

Eso de haber ya dos provincias aliadas en las filas de un pretendiente, era cosa seria. Todas las gentes

*neutras*, que son muchas, se apresuraban á no quedarse atrás. Los *neutros* y los que imitan á los carneros caminando al ruido de las muchedumbres, esos seres inútiles, pero inofensivos, que forman las mayorías, se puede decir que nos pertenecieron desde que vieron dos provincias aclamar á un hombre sin protesta de nadie. A mediados de diciembre la obra maestra: es decir, el gran baile dado por Alajuela, la provincia seria, los incorruptibles alajuelenses que también empujaban el carro de nuestra victoria. San José, centro de la riqueza, del talento y del poder, pero también centro donde pululan los charlatanes, los ambiciosos y los descreídos, San José, digo, dedicó también su baile el 6 de enero de 1867 á su notable candidato. Verdad es que nos costaba ese baile una contribución de quinientos pe-

sos á cada uno de los Magistrados de la Corte, pues en ella habíamos seis propagandistas, de los ocho que componían ese cuerpo. Esa noche cesó la risa de los montealegristas porque vieron festejado al Doctor Castro por los Generales Salazar y Blanco; sólo que ya era tarde para emprender trabajos en contra de la muy oportuna é inteligenté labor de los amigos de Castro. Lo que es muy notable es el hecho de no haber sido don Julián Volio partidario de Castro, á pesar de sus íntimas y mutuas relaciones, lo cual sólo se explica porque siendo Volio Ministro de Jiménez, le pareció conveniente seguir á su jefe que practicaba la completa abstención.

Después del seis de enero la Presidencia del Doctor Castro se tuvo por una cosa indudable. Don Jesús Jiménez contaba, riéndose, que

desde ese día todos los cortesanos buscaron al nuevo astro y el palacio de gobierno quedó sólo con los empleados. Mucho era que, por lo menos, le dieran la acera á él y á sus ministros Volio, Ulloa y Chavarría, mientras que la casa del Doctor se mantenía llena de pretendientes y de aduladores.

En verdad que no sé lo que hubiera sucedido: 1º, si don Jesús Jiménez se propone hacer triunfar un candidato de su gusto, y 2º, si los montealegristas se hubieran propuesto luchar con todas sus fuerzas contra nosotros. Es lo cierto que al Doctor Castro le dieron su voto todos los electores, con excepción de dos, uno de los cuales fué don Alejo Jiménez, no recordando el nombre del otro.

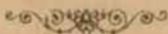
Una vez en el solio presidencial, el Doctor Castro nombró su Minis-

terio. En ese tiempo se contentaban con sólo dos Ministros. Todos los amigos que trabajaron la elección del Doctor esperábamos, con razón, que serían Ministros: el Doctor Figueroa, don Manuel Alvarado ó don Manuel Antonio Bonilla; así se explica que fuera tomado á mal por el partido el nombramiento de los señores don Aniceto Esquivel y don Julián Volio, personas muy estimables y muy competentes, pero que no sólo no habían sido partidarios del Doctor Castro, sino que se creía que habían trabajado contra la elección. No extrañé yo, pues, que me avisaran Figueroa, Alvarado y el General Blanco que se retiraban de aquella política, dándome á entender los dos primeros que conspirarían contra Castro si la ocasión se les presentaba, y Blanco que abandonaría el servicio militar.—

Mil reproches me hicieron porque me negué á encaminar al Doctor Castro por la vía que ellos deseaban y que se les había ofrecido. Lo que ocurría en el fondo era, en realidad, un proceder no correcto del Doctor Castro, si fué cierto, como me lo aseguraron esos señores, que se les había hecho entender que serían nombrados Ministros, no con palabras terminantes, si no de modo que así debieron entenderlo. En otra ocasión he dicho que la muerte de un hijo mío de corta edad, en ese tiempo, me había hecho alejarme del poder casi del todo; respecto del General Blanco, pluguiera á Dios que, como me lo manifestó, se hubiera retirado del servicio, evitando así la parte que tomó en el funesto día 1º de noviembre de 1868, de acuerdo con el General Salazar.

No me he arrepentido nunca de

la parte que tomé en la elección del Doctor Castro, porque su Administración no dejó nada que desear, como respetuosa á la Constitución y las leyes. Libertad completa, absoluta, de la prensa, respeto profundo á las decisiones de los tribunales de justicia y gran pureza en el manejo de los fondos públicos. No mereció el fin que tuvo su gobierno, ni se explica lógicamente un hecho que aun siendo necesario y beneficioso para la Nación, debía realizarse, cinco meses después, por las vías legales. Me refiero á la revolución del 1º de noviembre de 1868. El Doctor Castro no tuvo ni un momento la idea de hacerse reelegir, único caso en que fuera plausible su derrocamiento anticipado.



# INDICE

---

	PÁGINA.
Advertencia.....	
Dedicatoria.....	
Introducción.....	I
Al lector.....	I
Cap. I—Ligero esbozo de la vida de Don Juan Rafael Mora.....	17
Cap. II—14 de Agosto.....	27
CAP. III—Canal de Nica- ragua.....	36
CAP. IV—Secretos de la Historia patria.—Mora y Buchanan.....	61
Cap. V—Don Juan R. Mora en Puntarenas.....	73
Cap. VI—Condenado á muer- te.—Ligera excursión en los campos de la Historia Patria.....	107



## INDICE

---

---

	PAGINA
Cap. VII—Primer período de mando del Benemérito don Jesús Jiménez (de 1863 á 1866).....	156
Cap. VIII—Elección del Dr. Castro.....	193

FIN